

Duquesne University

Duquesne Scholarship Collection

Spiritan Books

Spiritan Collection

1987

Daniel Brottier: Misionero Espiritano 1876-1936

Alphonse Gilbert

Jean Gosselin

Gabriel David

F. Lopes

Marcel Martin

See next page for additional authors

Follow this and additional works at: <https://dsc.duq.edu/spiritan-books>



Part of the [Catholic Studies Commons](#)

Authors

Alphonse Gilbert, Jean Gosselin, Gabriel David, F. Lopes, Marcel Martin, and Myles Fay


A. GILBERT, J. GOSSELIN, G. DAVID,
F. LOPES, M. MARTIN, M. FAY

*Una vida
al servicio
de los más
pobres*



DANIEL BROTTIER

MISIONERO ESPIRITANO



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
LYRASIS Members and Sloan Foundation

<http://archive.org/details/danielbrottiermi00gilb>

A. GILBERT, J. GOSSELIN, G. DAVID,
F. LOPES, M. MARTIN, M. FAY

DANIEL BROTTIER

MISIONERO ESPIRITANO

1876 - 1936



BARCELONA - 1987

Traducción de la versión portuguesa
"O PADRE DANIEL BROTTIER" por
Mercedes Dotres Pons.

ISBN 84-404-0957-5

Depòsit legal: B.45.662

Fotocomposició i muntatge: Fundació C.C.

València, 244. 08007 Barcelona

Impressió: Altés, S.L.

Barcelona 1987

LA CONGREGACION DEL ESPIRITU SANTO (Misioneros Espiritanos)
en España:

- Casa Provincial: C/Olivos, 12 - 28003 MADRID - Tef. 253 36 16
- Casa de Formación "Padre Laval": C/Geranos, 39
28 029 MADRID - Tel. 733 22 80

Centros de Animación misionera e Información:

- C/ Sta. Engracia, 149 1º B - 28003 MADRID - Tel. 254 21 57
- C/ Mallorca, 317 Pral. - 08037 BARCELONA - Tel. 258 06 73
- C/ Don Rodrigo, 5 - 14002 CORDOBA - Tel. 47 58 22
- Apartado 212, 09400 ARANDA DE DUERO (Burgos) Tel. 53 60 25

PRESENTACION

Las medallas que relucen sobre la sotana de Daniel Brottier, misionero espiritano, son signos de un héroe. La bondad de su mirada penetrante es espejo de su santidad, que es otra forma de heroicidad y vivida por él como misionero, amando y sirviendo a los más pobres.

Cruz de guerra y de oficial de la Legión de Honor francesa, «seis menciones de actos de bravura y desprecio por los peligros» en su hoja de capellán militar voluntario en los cuatro años de la primera guerra mundial, son signos del quilate y temple de este misionero elevado a la gloria de los altares por el Papa Juan Pablo II, el 25 de Noviembre de 1984. Las condecoraciones honran y reconocen humanamente la fortaleza moral del hombre que, por la fe y el amor, despreciaba los peligros para recoger en el frente de batalla, asistir y alentar a los soldados heridos o moribundos. Los altares honran esa fe y caridad, las virtudes del corazón y del espíritu.

Daniel, un santo de nuestro tiempo, es un hombre que amó a Dios amando entreñadamente a los hombres más pobres. Un hombre de fe. Un hombre de corazón. Un hombre de acción.

En este resumen biográfico encontrará el lector los rasgos, muchas veces emocionantes, de su heroicidad y santidad por la sencillez de la fe y la generosidad del amor.

Los Misioneros Espiritanos

SERVIR

ES NO PERTENECERSE A SI MISMO.

ES NO TENER INTERESES PROPIOS.

ES PENSAR, QUERER, ACTUAR EN

FUNCION DE LOS DEMAS.

ES VIVIR Y HASTA MORIR POR LA

FELICIDAD DE TODOS:

EN EL AMOR DE DIOS

(Daniel Brottier)

"La verdadera felicidad es la que buscamos para los demás"...

VISITA A AUTEUIL

Fui a pasar algunos días con mis hermanos de Auteuil, para poner en marcha este cuaderno espiritano.

Mi primer gesto fue ir a rezar junto al túmulo del Padre Brottier. Hacía unos diez años que no iba, desde el día en que presenté al Obispo, para la Ordenación sacerdotal, a un antiguo huérfano de Auteuil que terminaba los estudios de Teología en Chevilly. Vienen a rezar junto a mí algunas personas que, después, pasan del túmulo del Padre Brottier, a la derecha del altar, delante de la imagen de Santa Teresa del Niño Jesús, situada a la izquierda, con su relicario; es evidente que unen a los dos «santos» en el mismo culto. Mi vecina reza con voz perceptible, repitiendo la misma invocación: «¡Buen Padre Brottier, Buen Padre Brottier!». Oí súplicas semejantes junto al túmulo de otro espiritano, muy lejos de aquí, en la isla Mauricio: «¡Buen Padre Laval! ¡Buen Padre Laval!». La emoción me sobrecoge, pues estoy seguro de que esta persona ya fué escuchada: ¿Acaso desvió Dios su rostro de la oración de los humildes? Aquí, como en la isla Mauricio, son los humildes quienes acuden, los pequeños, los desamparados, los abatidos por la desgracia, cuya aflicción sólo tiene igual en su confianza. Está claro que Daniel Brottier y Santiago Laval continúan, junto a los más abandonados, el apostolado que antaño iniciaron en la tierra en circunstancias diversas, pero con el mismo espíritu... Encima del túmulo, una modesta cesta se llena de pedazos de papel doblados en cuatro: algunos están redactados de antemano con esmero, sin duda; otros son simples hojas de papel escolar o arrancadas de un cuaderno de notas. Desdoble algunos por indiscreta curiosidad. Me dijeron más tarde que la cesta recibió millares...

- «¡Estoy solita con mi sufrimiento! Espero lo peor. ¡Padre Brottier, ayúdame!»
- «¡Padre Brottier, gracias por mi bebé!»
- «Mi nieta fue atropellada: se fracturó el cráneo, la pelvis y las piernas. ¡Padre Brottier, Sálvala!»
- «Tengo doce años. En mi cumpleaños recibí cien francos de mis padres... ¡doy cincuenta para aquellos que no tienen padres! ¿estás contento conmigo?»
- «Amputado de las dos piernas, sufro terriblemente. ¡Padre Brottier ven a buscarme!»
- «Solita, sin recursos, sin defensa, sin capacidad, sin amparo, aislada, exiliada..., sólo te conozco a ti, ¡querido Padre Brottier!»
- «Pienso que ya no sé rezar ¡ayúdame!»
- «Buen Padre Brottier ¡reza por un viejo sacerdote que tiene que jubilarse y no sabe donde ir!»
- «Amo a Dios, quiero ser un siervo de Dios, pero ni siquiera estoy bautizado y cometí pecados, por favor ¿qué debo hacer? ¡Ayúdame!» (un joven de Auteuil.)

Rezo con aquellos que rezaron aquí y procuro imaginar su confianza al levantarse. Así rezaba Daniel Brottier, con la audacia de los humildes: «Me censuran de querer una capilla demasiado lujosa, pero yo presenté el asunto a Teresita. Le pregunté: ¿quieres un vestido sencillo o un vestido muy bonito?» Ella mandó lo que era preciso para un vestido muy bonito.

Estoy convencido de eso, pues yo mismo soy un «milagreado» del Padre Brottier. En 1943, sufriendo una llaga infecciosa en la planta del pie, estuve en tratamiento mucho tiempo, hasta que un día encontré casualmente una estampa-reliquia de él (más tarde supe que se habían imprimido dos millones de estas estampas), y la coloqué entre la venda y la media. Algunas horas después, había desaparecido todo vestigio de infección, y hasta la piel se volvió tan dura como la del otro pie. Entonces yo estaba en el Seminario de Chevilly. Cuando llegué a Auteuil para relatar lo acontecido al P. Duval, el nuevo Director, encontré en la antecámara a un señor con un paquete precioso —el Breviario del Padre Brottier—. «¿Quieres saber?» —me dijo— «mi hija tenía una tuberculosis generalizada, con meningitis. Le impuse el breviario del Padre Brottier y al día siguiente se despertó curada.»

Estos recuerdos acuden a mi mente, mientras las personas se aproximan para tocar el túmulo de piedra. Exhumado en 1962 en vista de la beatificación, se verificó que su cuerpo se encontraba perfectamente conservado, veintiseis años después de su muerte.

Al salir de la capilla, paso por el patio para dirigirme a la comunidad espiritana. Conversando con algunos jóvenes de Auteuil, me doy cuenta, por el color de sus rostros, que un gran número de ellos vienen de países remotos, cuyos nombres me recuerdan otras tantas catástrofes históricas: «boat-people» del Vietnam, exiliados de Laos, niños perdidos de Camboya, jóvenes de Uganda, refugiados asiáticos, africanos o sudamericanos.

«Dilate los espacios de la caridad», dijo Pío XII al Padre Brottier. Así lo hizo. Auteuil es una muestra de las desgracias de nuestro tiempo: detrás de cada uno de estos rostros existe un drama familiar o social, que pesa tremendamente sobre su universo afectivo y equilibrio psicológico. Jóvenes franceses, tercer-mundo, cuarto-mundo; cuántos sufrimientos se esconden debajo de su disimulada despreocupación.

Mis hermanos de Auteuil me hablaron de esto largamente y me repitieron que si bien se precisa mucho dinero para acogerlos y formarlos, es sobre todo comprensión y amor lo que ellos necesitan. En la oración de la comunidad, se pedí al Padre Brottier que mandase, para atenderlos, educadores desinteresados y profundamente cristianos, especializados en los métodos pedagógicos contemporáneos, pero con un corazón «grande», grande como el del Padre Brottier. Pas  una vigilia nocturna en oración con un puñado de estos educadores delante del Santísimo Sacramento, expuesto en la capillita interior; comprendí que a una tarea de esta amplitud debían corresponder una fuerza y amor venidos de algún lugar.

A los capellanes de las casas de la Obra de Auteuil no les falta ni la esperanza ni el celo. Pero su edad sube y clarean las filas. En este microcosmos de un nuevo estilo  no podrían los espiritanos de otros países, jóvenes espiritanos africanos, encontrar una respuesta al proyecto de consagrar su vida a la juventud abandonada? me surgió esta idea espontáneamente al pensar en todos los espiritanos que leerán estas líneas, en particular los de las nuevas provincias y Fundaciones...

Fue pensando en ellos, en todos los hermanos que están lejos de París, y no conocen al Padre Brottier, que preparamos este número, en el que tienen la palabra sobre su vida, su obra y su espíritu, las personas

más autorizadas. Aquí se podrá encontrar la inspiración, documentación y bibliografía para la publicación en otras lenguas por ocasión de su beatificación. En fin, procuramos hacer revivir su carisma espiritual, en la huella del P. Libermann.

S. Francisco de Sales escribió: «El Evangelio es la música escrita; el santo, la música cantada.» ¡Daniel Brottier, C.S.Sp., cantó el Evangelio durante toda su vida! «Mirabilis Deus in sanctis suis»: Dios es admirable en sus santos.

ALPHONSE GILBERT, C.S.Sp.

VIDA Y OBRA

Toda la vida del Padre Brottier está impregnada de Dios. De Dios-Amor, entiéndase. Aquel, de quien Teresa nos lleva a descubrir, en este fin del siglo XIX, todavía muy jansenista, ¡la inmensa ternura, la misericordia inconcebible!

Toda la vida del Padre Brottier se vuelca hacia los «pobres» y «pequeños», desde el Senegal a Auteuil, los «pobres y pequeños», preferidos de Dios.

Toda la vida del Padre Brottier está animada por una Fe que barre los obstáculos más insuperables. Una Fe, que motiva todos sus proyectos, una Fe que le permite vivir lo cotidiano en una perpetua y estrecha unión con Dios.

*

Daniel Brottier nace el 7 de Setiembre de 1876 en La Ferté, Saint-Cyr, pequeña y risueña aldehuela de Loir-et-Cher, cerca de Chambord. La casita natal linda con el castillo: el Sr. Brottier es el cochero del Marqués de Dulfort.

Desde que tiene uso de razón, Daniel manifiesta un gran amor a Dios y el deseo del sacerdocio. Quiere aprender latín, aun antes de entrar en la escuela. Es de este tiempo el dicho famoso cuya resonancia supera largamente lo que acostumbramos a llamar dicho de niño: «¡Yo seré Papa!»

En esta afirmación, que no admite réplica, se revela ya entera la

personalidad de Daniel Brottier. Es la primera expresión del «Todo o nada» que caracteriza las grandes fases de su vida: misionero en Dakar, capellán militar en los puestos de avanzada desde 1914 a 1918, fundador de la Catedral-Monumento (Souvenir Africain), constructor de la capilla de Auteuil. ¿No es verdad que el «¡Yo seré Papa!» empareja con el «Quiero ser santa» de Teresita de Lisieux? Estas dos frases lapidarias, audaces, sin ninguna graduación, testimonian una misma línea espiritual, el mismo profundo deseo de vivir, desde el presente, en la intimidad de Dios: acercan ya dos almas, cuya complicidad sigue hoy manifestándose.

En 1886, a los 10 años, Daniel Brottier hace la primera comunión y a los 11 entra en el Seminario Menor de Blois. Los compañeros de clase conservan de él el recuerdo de un joven exuberante de vida, alborotado, hasta incluso astuto, pero de una extrema generosidad. Después siguen los largos años en el Seminario Mayor. El 22 de Octubre de 1899, Daniel Brottier recibe la ordenación sacerdotal de manos de Mons. Laborde, Obispo de Blois. Durante tres años ejerce el profesorado en el Colegio Libre de Pontlevoy. Hace maravillas entre los niños, pero evidentemente le falta una dimensión: el campo de actividad le parece demasiado restringido, excesivamente limitado. Su alma de apóstol reclama otros horizontes. Daniel Brottier decide ser misionero y pide ser recibido en la Congregación del Espíritu Santo.

Un intercambio de cartas desgarradoras con sus padres nos revelan que la decisión de Daniel les consterna, pero que aceptan el sacrificio con admirable grandeza de alma.

Un año de Noviciado en Orly y, en 1903, parte para Africa. Algunas líneas dirigidas a Mons. Alejandro Le Roy, Superior General, antes de partir, testimonian su sed de apostolado, fruto de una intensa vida interior: «La vida del misionero siempre la miré como la vida de un hombre que quiere sacrificarse e inmolarse por la salvación de las almas.» Ilustración maravillosa del «Todo o nada» que marca los grandes momentos de su vida.

S. Luis de Senegal

Al poner pie en Africa sufre una enorme decepción: él que tanto deseaba la vida dura de la selva, es nombrado coadjutor del párroco de S. Luis, en Senegal. Acogido por el P. Jalabert, el Padre Brottier se dá

intensamente al apostolado en plena ciudad. Se dedica inmediatamente a la población entonces más abandonada: los mulatos. Muchos misioneros habían perdido la esperanza de la evangelización de estos pobres; el Padre Brottier consigue persuadir a los hermanos de que el apostolado cerca de estas almas puede ser fecundo.

En plena pujanza de la juventud, el Padre Brottier se pone naturalmente al servicio de los jóvenes. Con un dinamismo poco común, reanima las obras adormecidas. Reanuda con autoridad la dirección del Círculo Católico y de la Escuela de Música Sacra, abandonados por el Párroco de S. Luis que acababa de ser nombrado párroco de Dakar. Habla semanalmente a los adolescentes del Instituto Faidherbe, funda la Comisión de la Infancia, lanza en 1906 un Boletín parroquial, cuya utilidad se muestra tan importante, que se publica todavía hoy con un encabezamiento muy al estilo del Padre Brottier - *Unir*. Apenas sale el primer número, el Padre Brottier cae enfermo y los médicos exigen su regreso a Francia. Pasa seis meses en La Ferté, Saint-Cyr, con la familia, y se pregunta, por primera vez, si Dios no le llama a la Trapa... No pone en ejecución esta idea y en Enero de 1907 vuelve a S. Luis. Reemprende su actividad desbordante, desenvuelve sus talentos de periodista y pone en marcha una fanfarria.

San Luis, fase capital de su vida, permite al Padre Brottier, en un contexto en que respira, darse sin reservas a su ministerio sacerdotal y misionero. En S. Luis, el Padre Brottier crea, emprende, organiza y ya sacude... Una profunda vida interior alimenta esta intensa actividad, en la que los más impetuosos sienten mucha dificultad para seguirlo.

Infelizmente, la desbordante actividad del Padre Brottier conoce límites. Su salud se arruina rápidamente. Los médicos son tajantes: se impone el regreso a Francia. Es un viraje en la vida del Padre Brottier.

Lerins

La estancia del Padre Brottier en la Abadía de Lerins constituye un paréntesis importante.

Llega del Senegal en Junio de 1911. Se apodera de él, de nuevo, el viejo deseo de encerrarse en un monasterio. Mejor que cualquier comentario, la siguiente carta sitúa sus disposiciones interiores, revela

la lucha entre la vida contemplativa y activa que le tortura y, sobre todo, su total entrega a la voluntad de Dios.

«París, 2 de Noviembre de 1911.

Queridas Marta y Magdalena,

Os acordáis probablemente, tan fielmente como yo, de una tarde de Abril de 1908, en que os descubrí mi intención de entrar en la Trapa. Sabéis igualmente cómo guardaba en mi corazón este proyecto y cual era la dirección que quería darle. El incidente terminó y debo prevenirlos, pues estábais en posesión de mi secreto.

Del 20 al 30 de Septiembre, sin que Mons. Jalabert lo supiese, y apenas con permiso de Mons. Le Roy, me retiré tan lejos como pude, a una Trapa, en Lérins, en el Mediterráneo.

Viví allí horas inolvidables, en el recogimiento del claustro y en una atmósfera de sacrificios e inmolaciones.

Pero, la privación de sueño y, sobre todo, del alimento me aniquiló y, al cabo de algunos días, tuve que rendirme a la evidencia: no estaba hecho para este género de vida.

Tuve que regresar a París y, ahora, sin ninguna intención reservada, me vuelvo intrépidamente hacia el futuro, sea cual fuere. Hay, de hecho, grandes puntos de interrogación en el horizonte sobre mi regreso a S. Luis. Prometí, a este respecto, entregarme enteramente a la Providencia y no dar un paso, ni en favor ni en contra. En esto reside, para el religioso, el mejor, el único medio de cumplir con su deber.

D. Brottier»

Aquí huelga todo comentario...

La Catedral-Monumento

Debemos situarnos en el contexto de la época para apreciar la obra de la Catedral-Monumento (Souvenir Africain). En 1984, el proyecto

de Mons. Jalabert puede ser visto, legítimamente, como una realización de tipo colonial, semejante a la construcción de un hospital o del palacio de un Gobernador General.

No. Las perspectivas de Mons. Jalabert son de un orden enteramente diferente. Se hace imprescindible una simple evocación histórica, para comprender los orígenes y la finalidad de la Catedral-Monumento. Dakar, de donde Mons. Jalabert es obispo, es la «hija de los Padres del Espíritu Santo, nacida en 1846 por la iniciativa de un joven espiritano, el Padre Arragon. Gracias a él se abrió al Evangelio y a Francia la puerta del Africa Occidental».⁽¹⁾

La idea de Mons. Jalabert, también de la Congregación del Espíritu Santo, consigue asociar dos objetivos en el mismo proyecto: levantar un lugar de culto digno de este nombre, no uno cualquiera, pues se trata de una catedral, y convertir esta casa de Dios en homenaje a todos aquellos que, a cualquier título, dieran sus fuerzas, su sangre y la vida, por la causa de Africa, al servicio de los africanos.

El Padre Brottier acaba de regresar a Francia. El mal estado de su salud le condena a dejar Africa. Definitivamente.

Mons. Jalabert conoce perfectamente al Padre Brottier. Sabe que él podrá llevar a buen término, en Francia, este proyecto. Le nombra, pues, Vicario General de Dakar, «con residencia en París», y director de la Catedral-Monumento. El Padre Brottier entra con entusiasmo en el juego de su obispo; incluso en Francia, cumplirá una tarea exclusivamente misionera.

Una vez más, el Padre Brottier pone toda su energía en el nuevo apostolado. Organiza un Secretariado, instala un servicio de relaciones públicas, que indigna a sus compañeros más celosos, envuelve en el proyecto a un conjunto de personalidades, pero, sobre todo, comunica un alma a esta obra, a la que los cristianos de Francia no pueden quedar insensibles. Después de algunos meses de trabajo persistente, una red de amigos se perfila y cubre progresivamente toda Francia.

Durante siete años, en dos períodos, de 1911 a 1914 y de 1919 a 1923, el Padre Brottier consagra lo esencial de sus fuerzas a la Catedral-Monumento.

Este proyecto revela un campo de acción especialmente preparado por la Providencia para poner en relieve las cualidades y virtudes del

1. Vida del Padre Brottier, por Yves Pichon.

Padre Brottier. Su fe invencible y su espíritu misionero movilizan sus notables cualidades humanas. De nuevo el Padre Brottier consagra toda la riqueza de su personalidad al servicio de una misión de su talla. Lleva a término el sueño de Mons. Jalabert: el 2 de Febrero de 1936, la Catedral de Dakar es consagrada por el Cardenal Verdier, Legado del Papa. Un gran ausente en esta ceremonia —el Padre Brottier. Prefiere quedar ajeno a estas horas de gloria; se conforma con dirigir un emotivo mensaje a los huérfanos de Auteuil reunidos a su alrededor para celebrarlo.

«Amigos míos,

No encuentro palabras para expresar mi reconocimiento por la gran sorpresa que me disteis esta mañana. Me conmovió profundamente. Esta fiesta íntima y familiar me da más alegría, más felicidad que si hubiese acompañado al Cardenal a Dakar. Os digo, amigos míos, que la felicidad la encuentro entre vosotros. Sí, ¡sois vosotros los que me hacéis feliz!. Si al empezar mis veinticinco años de trabajo por la Catedral-Monumento, hubiese podido conocer la alegría que vosotros me dáis en este momento, me bastaría. Muchos se extrañarán de que no haya ido a Dakar, a la busca de algunos laureles. Ya no estoy en la edad en que se buscan los honores humanos. Y, a propósito de Dakar, os puedo afirmar que ni un solo momento pensé en la gloria humana. Debemos ver en todo el amor de Dios, que hace coincidir los acontecimientos para la realización de su mayor gloria. Porque, Hijos míos, si no fuese por Mons. Jalabert y la Catedral de Dakar, no existiría la capilla de Santa Teresita. Yo no estaría aquí. Ni vosotros, queridos hijos míos... Por eso, mientras tengamos un soplo de vida, debemos bendecir a Dios y cantar después eternamente las misericordias del Señor.»

En este mensaje destinado a sus hijos, veintiséis días antes de su muerte, se transparenta la hermosa y magnífica alma del Padre Brottier: renuncia personal y abnegación total en la perspectiva de la única gloria de Dios. El Padre Brottier vive ya en la intimidad divina.

Capellán militar

¿Acaso será temerario imaginar que los años pasados al servicio de la Catedral-Monumento hayan pesado sobre el Padre Brottier, ese extraordinario hombre de acción, este sacerdote naturalmente hecho para la vida pastoral?...

Con la Catedral-Monumento fueron días extenuantes de escritorio y de vigilia, en los que era preciso escribir, contestar, escribir de nuevo, responder siempre; era el contacto frecuente con los grandes del mundo, desde la Duquesa de Chartres al Príncipe de Aremberg, pasando por «Madame» Savorgnan de Brazza y el General Gouraud. El Padre Brottier consideraba su deber sensibilizar al «País entero» de la época sobre una obra tan elevada, que además ya le retribuía con una infinita generosidad...

Pero, la figura del Padre Brottier, hombre de despacho o de salón por obediencia, no se identifica nada con su conocida personalidad. El Padre Brottier está formado, está preparado para un «apostolado de contacto». La guerra del 14 al 18 le abre un campo de acción a su altura. Abundan los testimonios y anécdotas sobre casos y gestos del Padre Brottier con sus soldados, en terreno descubierto o en las trincheras. ¿Será, acaso, impropio pensar que se siente a gusto en esta situación, en la que el riesgo es el pan de cada día y, de todas horas, compartir el sufrimiento de los más pobres?

El Padre Brottier es sacerdote pastor al cien por ciento, en esta tragedia que durará 52 semanas. Con la palabra y con el ejemplo reconforta, rehace la moral, estimula las energías, recibe confidencias, prepara para la partida definitiva.

Constantemente expuesto, desprecia el peligro, todo lo oye, todo lo vé. Apoyado en lo que sabe, establece, en nombre de la caridad, «puentes» entre la tropa y la jerarquía y consigue incluso hacer cambiar de parecer al Estado Mayor de un cuerpo de Ejército, sobre el fundamento de un ataque.

Su actividad sacerdotal, durante estos años terribles, la expresa enteramente en estas palabras dirigidas a su hermano y a su cuñada cuando, terminada la guerra, les confía la Cruz de Capellán Militar:

«¡Guardarla con extremo cuidado! Ella fue testigo mudo de mi vida durante toda la guerra. Esta cruz, ¡cuántos labios mori-

bundos la besaron! Recibió el último suspiro de muchos soldaditos. ¡Qué de veces tocó sus pechos agujereados, rasgados, hechos harapos! Si el cordón de esta cruz pudiera destilar toda la sangre en que fue empapado, el agua en la que lo sumergieran se volvería escarlata.»

Las citas, ya sean del Ejército o no, son siempre redactadas con las mismas palabras, los mismos calificativos, de los que el Ejército no se muestra avaro. Sin embargo, una cita otorgada al Padre Brottier, el 29 de Junio de 1918, utiliza términos fuera de lo común. El Padre Brottier es llamado «Capellán legendario».

Ya entonces una aureola de prodigio envuelve al Padre Brottier...

En su vida, cada cosa ocupa maravillosamente su lugar. ¡La «trama de Dios» se revela en él de forma brillante! Mons. Jalabert, Senegal, Catedral-Monumento, la guerra. En este recorrido, más que en cualquier otro, «Dios escribe derecho en renglones torcidos»... hasta estallar el trueno de Auteuil, del que no acabamos todavía hoy de oír su estrépito...

Unión Nacional de Combatientes

En la vida del Padre Brottier, las circunstancias a tal punto se sobreponen y están imbricadas que es difícil mantenerse fiel a la cronología. Sin embargo, hacen falta algunas palabras sobre la Unión Nacional de Combatientes.

El Padre Brottier sueña con la continuidad del extraordinario espíritu de fraternidad nacido en el transcurso de la guerra, entre cuantos participaron en ella. Madura la fundación de un gran movimiento. El asunto le parece tan importante que este simple capellán militar, que habría podido crear «su» asociación confesional de Antiguos Combatientes, da lugar al sacerdote del frente que quiere la Unión Nacional abierta a todos, sin distinción. No teme implicar a los poderes públicos y fuerza la puerta de Clemenceau, entonces Presidente del Consejo, con feliz resultado. Una vez más, es el Amor la fuerza motriz de los grandes proyectos del Padre Brottier. El impacto es tan importante que la Unión Nacional de Combatientes agrupará dos millones de adheridos. No, el Padre Brottier nunca hace las cosas a medias. En la Unión

Nacional de Combatientes, como en las otras empresas, es «Todo o nada».

Auteuil

A partir del momento en que Mons. Jalabert le revela al Padre Brottier que la Hermana Teresita le protegiera de todos los peligros durante la guerra, éste espera la ocasión de manifestar, a su manera, el agradecimiento de su corazón hacia aquella que se convertirá en su cómplice. Podría haberle encendido velas, celebrado misas, ir a Lisieux en peregrinación. ¡Nada de eso! El quiere ofrecerle una dádiva que iguale la extraordinaria protección de que fuera objeto y espera la señal de la Providencia.

21 de Noviembre de 1923

El Padre Brottier llega a Auteuil e inmediatamente, el mismo día, cuando la difícilísima situación de la Obra parece monopolizarlo enteramente, va a lo esencial. La visita de los locales lo conduce a la capilla, un viejo barracón, indigno de servir al culto. Disparo inmediato: ¡necesitamos una nueva capilla en Auteuil! Será dedicada a Teresa. El Padre Brottier tiene en su mano el grito de reconocimiento a Teresa.

Escribe el mismo día a Lisieux la siguiente carta, que me fue recientemente entregada por la Priora del Carmelo.

«París, 21 de Noviembre de 1923

Reverenda Madre,

Hoy mismo, fiesta de la Visitación de la Virgen, me hago cargo de la dirección de una casa muy conocida del Carmelo de Lisieux: los Huérfanos de Auteuil. El Arzobispo de París pidió a la Congregación del Espíritu Santo que se encargara de esta Obra y Mons. Le Roy me la confió.

Quiero que mi primer acto, mi primera carta, sea para el Carmelo de Lisieux, para la Bienaventurada Teresa del Niño Jesús.

Ya nos conocemos, Reverenda Madre: tuve el honor de verla

en el locutorio, en Junio de 1919, durante una conversación con Mons. Jalabert. En vista de que yo iba a Roma unos días después, Vd. me pidió que llevara un pequeño paquete, muy precioso, para las Carmelitas de Roma, y que se refería a la beatificación de la querida Hermana Teresa.

La peregrinación que hacíamos era de acción de gracias. Mons. Jalabert y yo íbamos a agradecer a la Hermana Teresita la protección concedida al padre capellán militar durante la guerra.

Desde entonces, conservé una devoción muy particular a la Bienaventurada. Al venir a Auteuil, mi intención era poner a mis queridos pequeños bajo su protección; verifico que ya le están confiados. Quería también levantarle una hermosa estatua; además de la que ya existe, me dicen que vendrá otra. Pero, esto no basta. Tengo otra idea, que deseo presentarle a Vd., pidiendo su consejo.

La capilla que tenemos es insuficiente y fea, incapaz de servir de apoyo a la gran parroquia a que pertenecemos, por encontrarse en el interior del establecimiento. Yo querría construir otra, que diera a la calle, espaciosa y bella, y dedicarla a la Bienaventurada. Sería su primer santuario en la ciudad de París. Estoy persuadido de que a la Bienaventurada le gustaría proteger a mis queridos pequeños y recibir, en la casa de ellos, el homenaje de los parisinos que no dejarán de venir en multitud a este santuario.

Pero no quiero hacer nada, sin que ella manifieste antes, que esa es la voluntad de Dios. Esta es la razón por la que le escribo, para que me ayude a tener la señal anhelada. Por esto quise que mi primer acto fuese esta carta que le dirijo, con toda sencillez y confianza.

La querida Bienaventurada se encargará de mandarnos las centenas de millares de francos necesarios para la ejecución. Ella será la madre de estos pobres pequeños que nos están confiados y nos ayudará a prepararlos para la vida, la práctica del bien y la virtud.

Mañana empezaremos aquí una novena a la Bienaventurada, que terminará el 30 de Noviembre. Permíta que la pida unirse a esta novena y asociar también a ella a sus queridas hijas, y llevar nuestra intención a los pies de la querida Hermanita.

Gracias, Madre. Mi religioso agradecimiento, por cuanto quiera hacer para ayudarnos en nuestra tarea tan delicada y difícil en la presente hora, en esta gran capital. Dígnese aceptar la expresión de mi respetuosa y muy viva gratitud.»

Daniel Brottier»

Sólo falta el permiso del Arzobispo de París. Todo avanza muy deprisa en el cerebro y, sobre todo, en el corazón del Padre Brottier... Consigue una audiencia con el Cardenal para el día 1 de Diciembre... ¡Nueve días le separan de este encuentro, nueve! exactamente el tiempo de la novena. El Padre Brottier se dirige a Teresa en estos términos:

«Si queréis que os construya una capilla, mostrádmelo. Tengo que pedir permiso al Cardenal para construirla. Si recibo 10.000 francos antes de encontrarme con él, sabré que queréis esta capilla; si no me los mandáis, no hablaré al Cardenal.»

El Padre Brottier empieza una novena e invita a todos sus pequeños a que se unan a su oración, sin decirles las razones de esta súplica.

1 de Diciembre

¡Noveno día! ¡intervención en el último minuto! En el momento de salir para el Arzobispado, una Señora entrega al Padre Brottier un sobre con 10.000 francos.

Esta anécdota —auténticamente histórica (perdonen el pleonasma intencional)— va a sacudir la obra de Auteuil, y además de Auteuil, desencadena una fabulosa marea espiritual y temporal de la que continuamos recibiendo los efectos.

El Cardenal Dubois evidentemente dice que sí a la capilla, pero no comprende muy bien que el Padre Brottier escoja levantar un templo en honor de Teresa. ¿Qué importa?

8 de Diciembre

El Padre Brottier precipita los acontecimientos. Una semana des-

pués de la visita al Cardenal, «Francia Ilustrada», semanario publicado por los huérfanos de Auteuil, lanza la llamada de una colecta de fondos para la construcción de la capilla.

Algunos días después, el proyecto del Padre Brottier de construir una capilla tropieza con oposiciones. El Cielo interviene visiblemente para confirmarle en la convicción de haber escogido bien para su futura capilla el nombre de Teresa. Encuentra al Sr. Castel, proveedor de carbón de Auteuil. El Sr. Castel es hermano de la Hermana María de la Trinidad, última novicia de Teresa en el Carmelo de Lisieux, y es por eso que le quiere hablar.

El Padre Brottier vibra de alegría al saber que Teresa, cuando vivía, conoció y amó a los huérfanos de Auteuil y rezó por toda la Obra.

El testimonio del Sr. Castel constituye un triunfo de primer orden en el juego del Padre Brottier. Lo utilizará incansablemente para convencer a los amigos de Teresa de levantarle una capilla. Consigue de la Priora del Carmelo que la Hermana María de la Trinidad sea la madrina espiritual de la Obra de Auteuil.

Auteuil fue sacudido. Teresa está ahora íntimamente asociada a la Obra.

En esto anda visiblemente la mano de Dios. La confianza del Padre Brottier, ciega y lúcida al mismo tiempo, empieza a mover montañas...

Añade a sus virtudes cualidades humanas poco comunes. Trabajador incansable, a pesar de los dolores atroces y casi permanentes de cabeza; organizador experimentado, hombre de influencia dotado de una imaginación constantemente renovada, emprende en todos los dominios realizaciones que desconciertan y hasta escandalizan a algunos de sus amigos. Como todos aquellos que viven el Evangelio al pie de la letra, el Padre Brottier sacude e incomoda... «Pedid y recibiréis.»

El Padre Brottier toma el consejo de Cristo al pie de la letra y se encuentra directamente con la Providencia...

Al Cielo, entonces, sólo le queda inclinarse y lo hace según la fe del Padre Brottier.

Iniciativas y desarrollo de la obra

El Padre Brottier trabaja doce años en Auteuil, de 1923 a 1936.

Dos preocupaciones, íntimamente ligadas, dominan y orientan su acción:

- 1 — Salvar a los niños más desgraciados y pobres;
- 2 — Asociar a Teresa de Lisieux estrechamente a esta misión y llevar a descubrir, con este motivo, su mensaje de amor.

Cuando el Padre Brottier llega a Auteuil, la Obra vive en una situación extremadamente difícil. Reina entre el personal y entre los muchachos un profundo malestar. Y además grandes deudas.

Primeramente el Padre Brottier tapa las goteras, sube los sueldos, mejora las condiciones de vida de los muchachos, intenta calmar a toda la gente, pero de primeras no lo consigue. A los miembros del Consejo no les gusta que el Padre Brottier, a quince días solamente de su llegada, consagre sus esfuerzos a lanzar una suscripción, no para tapar los agujeros, ¡sino para construir una iglesia en honor de Teresa, que no pasa de ser una Bienaventurada! ¡El Padre Chevrier tenía razón al decir que «es propio del Amor ser loco»!

Fuera de la Obra e incluso en el seno de la Congregación del Espíritu Santo, la iniciativa parece irracional, desconcertante, rozando el límite de las conveniencias. Escandaliza a algunos amigos de la Obra de Auteuil: «¡Vd. haría mejor construyendo dormitorios y oficinas que levantando una capilla!» La lógica del Padre Brottier no es ésta. El sabe que la economía del Cielo no tiene nada que ver con la economía de los hombres...

Las llamadas a favor de la suscripción destinada a la capilla desencadenan un alud de dones: es el comienzo de la maravillosa y desconcertante cadena de amistad que permitirá a la Obra de Auteuil desarrollarse de forma prodigiosa, para salvar a una multitud de niños, maravillosa cadena de amistad, cuyos eslabones siguen multiplicándose hoy.

La capilla es un detonador... Esparce una ola de gracias en todos los dominios; se hace un verdadero centro espiritual, donde confluyen súplicas angustiadas, gritos de aflicción, pero también de agradecimiento, mensajes de amor.

El Padre Brottier construye lugares de acogida y multiplica las secciones profesionales; el nº 40 de la calle de La Fontaine ya no le basta. Abre casas en la región parisina y en la Provincia. Germina entonces en su espíritu la gran idea de los Huérfanos de Francia... Funda el

Hogar en el Campo, donde, en familias solícitas, centenas de muchachos aprenden el arte de cultivar la tierra.

Durante doce años de trabajo apasionado, el Padre Brottier lucha para hacer retroceder la miseria. Sensibiliza incesantemente a los Amigos de Auteuil hacia sus preocupaciones y proyectos. Les recuerda, sin interrupción, que Teresita está íntimamente ligada a todo cuanto emprende a favor de los más pobres. Escribe miles y miles de cartas, en las que se revela su amor a Dios y a los más desamparados.

Se ha dicho muchas veces que el Padre Brottier fue un hombre de negocios. Es verdad. La herencia que dejó es un tremendo testimonio de eso. Se nos olvida, sin embargo, precisar que se trata de «negocios de la Providencia». ¡Sí, el Padre Brottier fue el «businessman» del Cielo! Pero, sus triunfos nunca se le subieron a la cabeza. Su intensa vida interior, sustentada por una constante intimidad con Dios, le mantuvo en una profunda humildad, en el olvido total de sí mismo. Ahí residen las poderosas razones de su buen éxito.

Después de la muerte, el «milagro»

«Los médicos indagan el origen de mi mal... si conociesen todas las miserias que llaman a mi puerta y mi incapacidad en aliviarlas, sabrían lo que hoy me desgarran».

Es una de las últimas palabras del Padre Brottier.

Multiplicar por diez, prácticamente, en doce años, el número de chicos recogidos en la Obra, no le satisface...

El Padre Brottier cae enfermo el 2 de Febrero de 1936, la tarde del día de la Consagración de la Catedral de Dakar. Entrega su hermosa alma a Dios el 28 de Febrero. Quince mil personas desfilan ante su féretro, antes de las exequias presididas por el Cardenal Verdier.

*

La obra del Padre Brottier no termina con su vida, ¡se desarrolla de forma increíble! El Padre Marc Duval, su segundo sucesor, abre dieciséis casas. Hoy, la Obra de Auteuil acoge a 3.400 niños y adolescentes.

¡Qué herencia! ¡Qué misión!

¿Será que nosotros le somos fieles? Pregunta constante y muchas veces angustiada.

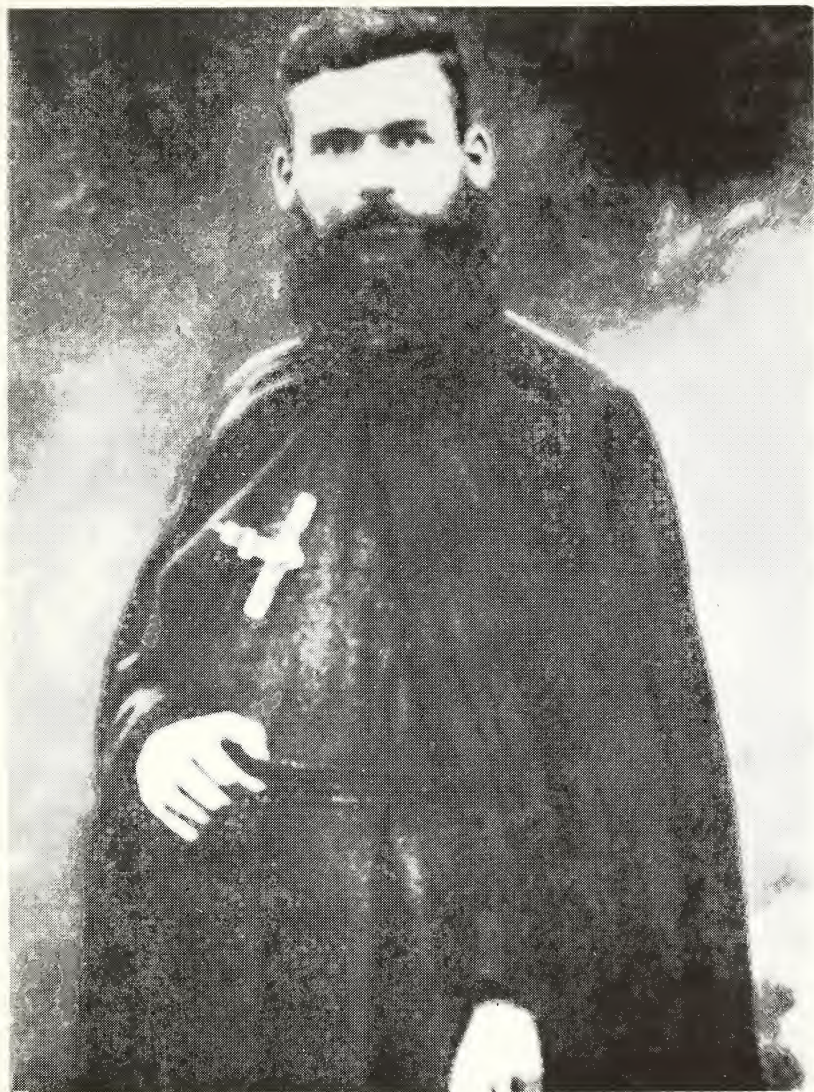
Teresita y el Padre Brottier crearon un mal hábito en los que trabajan en Auteuil: el hábito del milagro. ¡Qué difícil es administrar este milagro a diario! y sin embargo, ¡ahí está todos los días! Hoy, la Obra de Auteuil son 25 casas que acogen a 3.400 muchachos y los forman en una profesión; son 1.300 hombres y mujeres que garantizan la educación y la enseñanza, sin olvidar la administración inevitable y los servicios generales. Es un presupuesto en que el 60% es un riesgo continuo. Sí, Auteuil es un reto permanente a las reglas más elementales de una sana gestión.

¿Por qué este milagro permanente? ¿Por qué esta ternura de Dios por Auteuil?

Sin duda para manifestar a los hombres el gran poder de la intercesión de Teresa y del Padre Brottier en plena tierra de misión, a veces al límite del desierto espiritual. Teresa de Lisieux, patrona de las Misiones, y Daniel Brottier, misionero hasta la médula, se encuentran sin duda muy bien en este campo de acción y conocen bien el atributo de la gratuidad de Dios... Teresa y el Padre Brottier nos piden que recibamos, con los brazos abiertos, a los más pobres, a los más desheredados, a aquellos que nadie quiere. ¿Respondemos nosotros a su expectativa?

En todo caso existe una seguridad: hoy, en Auteuil, ante nuestra miseria espiritual francamente sabemos que la fabulosa misericordia de Dios es inversamente proporcional a los méritos de quienes trabajan aquí.

JEAN GOSSELIN
Director General de la Obra de Auteuil
28 de Febrero de 1984



1903. El Padre Brottier profesa en la Congregación del Espíritu Santo y consagra su vida al apostolado.

EL CORAZON DE AUTEUIL

En 1976, recibí unas letras de nuestro Superior General, Padre Frans Timmermans, pidiéndome para ir a trabajar en Auteuil con el Padre Jean Gosselin, Director General de la Obra. Fue el 11 de Febrero, fecha fácil de retener, pues desde entonces asociaba a mi trabajo una de mis Santas preferidas, Bernardette Soubirous. A Santa Bernardette no le faltó el afecto a lo largo de su vida, tampoco le faltaron, como a muchos de nuestros jóvenes, las dificultades de familia. Además, por una especie de premonición, dos meses exactos antes de mi llegada a Auteuil, tuve que ir a Nevers para una reunión sobre las vocaciones. El amigo, en casa de quien pasé la noche, me propuso ir a rezar por la mañana delante del relicario de Santa Bernardette. Siendo la reunión hacia las 10, acepté, sin demasiado entusiasmo, pues no tengo gran devoción a los relicarios...

Dios me esperaba para darme allí una aliada y amiga en la Comunión de los Santos. Delante del cuerpo delgado de esta joven, marcado por tantas privaciones, de repente, me sentí perturbado. Sí, Bernardette Soubirous era verdaderamente la hermana de todos los pequeños que nosotros acogíamos. No había sido por casualidad que su cuerpo no se desarrollara y el asma la martirizara hasta morir. En contrapartida, Dios la amó con un amor de predilección, pues El «exalta a los humildes». Fuertemente, se me revelaba uno de los aspectos de Auteuil, hasta entonces desconocido: a través de la Obra del Padre Roussel y del Padre Brottier, Dios gritaba al mundo de hoy que El ama a los pobres, a los más abandonados, a los más desheredados. De otro modo ¿cómo explicar la ayuda insensata que les presta?

El descubrimiento de la acción de la Providencia

Con la llegada a Auteuil, iba a descubrir, poco a poco, otras dimensiones que, hasta entonces, sólo conocía superficialmente. Sin embargo, había vivido ocho años en el Castillo de Vaux, la mayor de nuestras casas, cuidando de un hogar misionero, pero ignorando completamente el funcionamiento financiero de Auteuil.

Había verdadero motivo para quedar pasmado... ¿Cómo es que el administrador general de la Obra podía dormir tranquilo?... Verifiqué, de una forma alarmante, que sólo teníamos garantía del 40% de los recursos necesarios para hacer vivir las 25 casas: alimentar, calentar, educar a 3.400 jóvenes y pagar a 1.300 personas a su servicio. No teníamos capital. Precisábamos, por lo tanto, que el Señor nos diese cada día el 60% de nuestro presupuesto. Ahora bien, en cada día del mes, en cada mes del año, en cada año pagábamos todos los gastos, incluso los imprevistos e inesperados, tal como una caldera que revienta o un vehículo que queda inutilizado. Y hay gastos imprevisibles en 25 casas de niños...

Reviví entonces un momento de mi infancia. En el transcurso de un retiro, leí la vida del Padre Cotolengo, de Turín, y quedé maravillado con este sacerdote que sólo contaba con Dios para hacer vivir a 2.000 personas de su hospital. Pormenor inolvidable para un chico de doce años: por la tarde, abría la ventana y vaciaba el cajón hacia la calle, para que no le faltase la confianza en Aquel que alimenta a las aves del cielo...

Ahora se operaba, delante de mis ojos, el mismo gesto de la Providencia para con los pobres: nuestros 3.000 muchachos, alimentados, instruidos, educados, gracias a las donaciones de nuestros amigos del cielo y de la tierra. No vaciábamos la caja por la ventana, pero, sin capital, siempre inquietos con el día siguiente, como hombres de poca fe, diría Jesús, veíamos llegar el dinero exacto, exacto, para pagar los gastos y aplacar la tempestad de los acreedores.

Confieso que, los primeros meses que pasé en Auteuil, viví intrigado. Sabía que el Padre Brottier era conocido por toda Francia, ¡pero no siempre comprendía muy bien cómo Dios nos podía ayudar hasta ese punto!

La presencia de Santa Teresita en el correo de cada día

Entre tanto, ya en el Castillo de Vaux, Dios me preparaba el camino de la luz. El Padre Luciano Rozo, antiguo Providencial de Francia y después Superior religioso de Auteuil, que vivía retirado en el número 40 de la calle La Fontaine, donde estaba encargado de contestar al correo, me habló varias veces de las numerosísimas cartas que llegaban a Auteuil; incluso me leyó algunas. Eran cartas conmovedoras, llenas de fe, de personas muy afligidas que pedían la ayuda del Padre Brottier y de Santa Teresa. Entonces le dije: «Mi hogar misionero del Castillo de Vaux vive y aprovecha el trabajo de los talleres de Auteuil; mándeme regularmente algunas de esas cartas: nos darán la oportunidad de rezar por todos los amigos de Auteuil». De este modo, tuve ocasión de entrever lo que, progresivamente, se me iba a revelar.

En esta época, leí varias veces todo el correo que llegaba y comprendí, de forma tajante, la Obra de Auteuil. En el fondo, aquella que el Padre Brottier escogiera para protectora de sus huérfanos, en Noviembre de 1923 —Teresa de Lisieux— se revelaba por todas partes, en estas cartas. Todas ellas, a veces por centenas, hablaban de Teresa. La invocaban, le recomendaban múltiples intenciones, le agradecían múltiples gracias. Su nombre y el del Padre Brottier se mezclaban siempre como los de dos cómplices, para arrancar al Cielo peticiones imposibles.

El Padre Brottier no pensaba sino en ella, desde que llegara al medio de sus huérfanos. Ante la intensidad de su tarea —desencallar la gran Obra del Padre Roussel— pidió inmediatamente a los pequeños de esta Casa que rezaran durante nueve días por una intención particular, pero sin decirles de que se trataba.

Autorización para la construcción de la capilla

Si un día venís a Auteuil, procurad ver la gran vidriera, a la derecha del crucero, por encima del altar de la Virgen, muy cerca del túmulo del Padre Brottier. Allí veréis, a la izquierda, esta inscripción:

«El día 1 de Diciembre de 1923, Su Eminencia el Cardenal Dubois, Arzobispo de París, autorizó la construcción de este santuario dedicado a Santa Teresa del Niño Jesús.»

Esto quiere decir que, nueve días después de su llegada a Auteuil, el Padre Brottier ya había logrado el permiso para construir la primera capilla de la cristiandad consagrada a Santa Teresa de Lisieux y diera a sus huérfanos, como protectora esta santa. Adoro la respuesta del Padre Brottier al Cardenal cuando éste comentó que una joven protectora no era muy apropiada para sus pequeños parisinos: «Puede acontecer —le dijo— que mis muchachos no se ocupen de ella, pero ella se ocupará de ellos.» Desde entonces, pone toda su energía al servicio de la causa de Teresa, para hacerla conocer y amar, primero de los parisinos, y después de Francia entera. He aquí lo que él mismo escribió en el editorial del 6 de Noviembre de 1926 de «FRANCIA ILUSTRADA»:

«A la derecha del crucero de nuestra capilla, en la vidriera reproducida (en esta revista), los artistas reprodujeron un hecho histórico. El día 1 de Diciembre de 1923, el Director de la Obra de los Huérfanos de Auteuil conseguía de S.E. el Cardenal Dubois autorización para construir la capilla y consagrarla a Santa Teresa del Niño Jesús. El Arzobispo de París está representado de rodillas, con la maqueta de la Capilla de Teresa en las manos rodeada de pequeños comulgantes y de los maestros que se sucedieron en la dirección de la Obra de la Comunión: el Padre Roussel, humildemente arrodillado por detrás del Cardenal, y después los Canónigos Fontaine, Bléit y Muffat, y detrás de éstos de pie, el Director actual.

Nuestra Señora de la Primera Comunión, sentada, con el Niño Jesús sobre las rodillas extendiendo las manos a los pequeños comulgantes, recibe el homenaje que le es tributado. Alrededor, revolotean los Angeles y, allá en lo alto, la custodia, refulgiendo en luz de oro, recuerda que es para la HOSTIA SANTA que suben todos los gestos religiosos, y que Teresa se empeñará en este santuario, como ella misma escribió, en hacer amar el Amor.»

La movilización de los bienhechores para la construcción de la capilla

«Francia Ilustrada» era el semanario, creado por el Padre Roussel

en 1874, para dar a conocer su obra. El Padre Brottier va a utilizarlo, ante todo, para dar a conocer a Teresa. Entre el 1 de Diciembre de 1923 y el 29 de Octubre de 1927, todos los editoriales, sin excepción, hablarán de Teresa y de su Santuario.

Mantiene en expectativa, en torno al proyecto, a todos los abonados de la revista, mediante suscripciones con gráficos, listas para rellenar y noticias semanales del estado de las obras. En editorial del 6 de Junio de 1924 anuncia ya la colocación de la primera piedra; el 6 de Septiembre, el comienzo de las obras; el 29 de Septiembre, presenta a los lectores el plano de la nueva basílica. Hablando de Teresa, el Padre Brottier manifiesta un entusiasmo contagioso. Cuando leemos las listas de suscripciones podemos afirmar que Francia entera se movilizó para ofrecer a la joven carmelita de Lisieux su santuario parisino.

El 25 de Octubre da a conocer a los lectores de la revista su íntimo pensamiento, las razones de la elección: porque fue milagrosamente protegido por Teresa durante los cuatro años de la guerra de 1914, le quiere construir la capilla; además, y antes de nada, esta capilla será la señal y el medio de una verdadera educación cristiana, objetivo primario y esencial de la Obra del Padre Roussel.

De ahora en adelante, el Padre Brottier también va a echar mano del correo para dar a conocer a Teresa. Responde a millares de cartas de bienhechores y crea, de este modo, la cadena de amistad que, más que nunca, sustenta la Obra de los Huérfanos Aprendices de Auteuil. Conservamos su pluma. La he contemplado muchas veces. Me dicen que escribía hasta cien cartas al día... Cuando pienso en eso, se me crisan los dedos sobre mi «Waterman»; ¡es una proeza! Comprendo porque, todavía hoy, algunos comunicantes me mandan autógrafos del Padre Brottier, cartas dirigidas a ellos, como aquella que recibí últimamente de un niño del coro del Padre Brottier en 1908, en San Luis del Senegal, o bien cartas dirigidas por él a los padres o abuelos de sus comunicantes.

La fuerza constituida por los bienhechores

Todo esto manifiesta, de forma evidente, que el correo actual es muestra del resultado de la inmensa labor del Padre Brottier y de su afecto a Teresa de Lisieux.

La Obra de Auteuil se asemeja a un «iceberg». La parte visible está

constituida por 25 casas, 3.500 jóvenes y 1.300 personas a su servicio; la parte invisible, está formada por millares de personas que son amigos de Teresa y del Padre Brottier.

Dentro de la Comunión de los Santos, todos estos amigos representan una enorme fuerza de oración y de intercesión que explica lo increíble e inverosímil. Gracias a ellos, tenemos diariamente el dinero necesario. Presenté algunos casos de esta enorme generosidad. El dinero es necesario para vivir, continuar, pero esta fuerza tiene otros puntos de aplicación, mucho más importantes para la supervivencia de la Obra espiritual del Padre Roussel y del Padre Brottier. Por ejemplo, la transición progresiva de la mayor parte de las Direcciones de las Casas, a las manos de seglares, se arriesgaba a que la Obra perdiera su sentido primitivo. La Providencia permitió siempre colocar en cada puesto a hombres y mujeres capaces de conservar el espíritu de los fundadores, pero sin inmovilizarnos en tradiciones estériles. Por ejemplo, era grande la tentación de aceptar buenos alumnos, muchachos sumisos y tranquilos, velando así por la imagen de calidad de la Casa... Al contrario, impulsados por el Espíritu Santo, los Directores acogen, de preferencia, a los más pobres.

¡Sólo el nº 40 de la calle La Fontaine acogía, en 1982-83, cerca de 340 jóvenes de nacionalidades diferentes!... El Director sabe muy bien que hay alumnos de más pero, ante ciertas situaciones, el corazón transige con lo que la razón rechaza.

Tres ejemplos...

Dos adolescentes se presentaron recientemente en su despacho: tienen respectivamente 14 y 15 años. Son dos amigos, uno negro y otro blanco. «¿Qué queréis? —Nuestros padres no saben qué hacer con nosotros; no quieren ocuparse de nosotros. Nos negaron a ambos la admisión en el L.E.P. allí en la esquina; ¡estamos demasiado flacos!— Pero, ¿por qué habéis venido aquí? Respuesta del joven negro: «Durante las vacaciones leí un libro, la vida del Padre Brottier. Ví que él aceptaba a tipos como nosotros, para enseñarles una profesión. Tenía la dirección de esta casa. Nos dijimos: Esto es para nosotros ¡Vamos allá!» ¡y los muchachos están aquí con nosotros!

¡Son las nueve de la noche! El Director se ha retirado ya a su cuarto. Ve una sombra junto a la reja del jardín. Se acerca. Es un adolescente de 14 años. «¿Qué haces aquí? —Estoy esperando a mi hermano. Me

dijo que le esperara aquí. Quiere pedir al Director de la casa que me acoja, pero no ha llegado todavía. —¿A dónde vas a dormir esta noche? —No lo sé. ¡Ven, yo soy el Director de la Casa; te voy a preparar una cama y mañana trataremos el caso con tu hermano.» El hermano, oriundo de Benin, vino al día siguiente y el joven está con nosotros.

García es un verdadero huérfano de padre y madre. Vivía con la abuela de 78 años, allá por Vierzon. Tiene 14 años. Dos primas parisinas le dijeron: «Te llevamos a París para que estudies.» Se olvidaron de decirle que era para internarlo en nuestra casa. Se sintió totalmente perdido, desorientado, lejos de su adorable abuela, junto a quien nada hacía, claro, pero que era su único punto de referencia. Lloró durante todo el día. El Director le anima: «No te inquietes, conocí a otros que, como tú, lloraron mucho los primeros días, pero que, al final de tres años, con un buen diploma en el bolsillo, dijeron: «¡Qué pena tener que marchar!»».

Aquí tenéis a Auteuil, en este momento, gracias a la oración de nuestros amigos, que nos fuerzan a permanecer fieles a la línea trazada por nuestros fundadores. ¡Sí, eso cómo me hace sensible!

Otro punto, muy difícil de mantener en un mundo impregnado de liberalismo, es el de la presentación de la fe a los jóvenes que acogemos. Conozco nuestra pobreza en este dominio y lejos de mí mostrar un optimismo excesivo. Pero, lo que es evidente, es el número de personas, hombres y mujeres, de una fe sólida y contagiosa, que Dios nos envía, para dar testimonio junto a todos estos jóvenes. Es un trabajo muy humilde. Necesitamos recordar con frecuencia la parábola de la semilla que crece solita, después de sembrada por Dios, gracias a nuestra buena voluntad; y la de la cizaña que crece al mismo tiempo con la buena semilla. ¡Tenemos tanta prisa en arrancar la cizaña y nos quedamos tan desconcertados con la paciencia y la tolerancia del Señor! Tan diligentes somos que nos arriesgamos, con eso, a destruir el jardín.

La necesidad de buenos educadores de los niños

De paso por nuestra casa de Ruche, en la isla de Reunión, asistí a un encuentro del grupo «Despertar de la Fe» (Eveil de la foi). Son ocho adultos que se reúnen regularmente con nuestros jóvenes para hablarles de asuntos religiosos. Verónica, una de las educadoras, abrió la reu-

nión con una bellísima meditación sobre la fiesta del 15 de Agosto. Comparaba a María con la mujer de la Reunión. La inserto aquí y después os diré porque.

«En Nazareth, María habita una pobre casa con el suelo de tierra batida y un patio para varias familias. Se levanta pronto y, según la costumbre judía, acompaña al marido en la oración, recitando con él estas palabras: «¡Escucha Israel! ¡El Señor tu Dios es el único Señor! Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y amarás al prójimo como a ti mismo por amor de Dios!» Inmediatamente después se pone al trabajo, como todas las mujeres de su condición, pues su esposo no pasa de ser un pobre artesano, sucesivamente ebanista, constructor de carros o carpintero, según las necesidades.

Cada comida que María prepara, cada pieza de ropa que repasa, cada barredura de las virutas o del serrín de la madera, son otros tantos actos de amor a Dios. Por eso, al final de cada uno de sus días, aparentemente ordinarios, en que otras personas juntan apenas un montón de guijarros, (actos sin valor), María, la humilde madre de Jesús, recauda toda una serie de diamantes, obras de eterno valor. De este modo, cuando en la tarde de la vida es juzgada sobre el Amor, como todos nosotros lo seremos, María es hallada extraordinariamente grande a los ojos de Dios. Su juicio es un triunfo, la coronación de una vida plena y meritoria que le garantizará una gloria inaudita por toda la eternidad.»

Es evidente que la calidad de vida espiritual de esta educadora le permitirá favorecer al trigo y ahogar la cizaña, entre los jóvenes de la Casa de Ruche. Aquí tenéis lo que, día tras día, nos alcanza de Dios la inmensa oración de nuestros amigos, traducida en todas estas cartas que nos llegan diariamente. Es aquí que está el corazón de Auteuil y nuestra Fuerza.

Muestras de correspondencia recibida

Ahora nos queda presentar algunos fragmentos de millares de cartas, a cual de ellas la más hermosa. En 1976, recibíamos diariamente mil cartas. En vez de decrecer, este movimiento aumenta alcanzando una amplitud que, en la marea alta, va hasta las dos mil o más, en períodos punta. ¿Qué fuerza de atracción es ésta sino el sol divino, que eleva los corazones? Nada, nada explica Auteuil a no ser la misericor-

día de que Teresa de Lisieux hizo el centro de su mensaje.

Existe, a propósito de este correo, una impresionante analogía con los salmos. Esta circunstancia forzosamente me estimuló muchas veces, cuando rezaba la Liturgia de las Horas.

Los salmos son los gritos del Espíritu Santo. Se sirve, como de arpas, de los pobres de Israel, que cantan y gimen, según los corazones de estos hombres están llenos de dolor y de angustia, de alegría, de esperanza y de amor. ¡Son cánticos admirables! Sólo Dios los podía inspirar. Son oraciones rudas, gritos de hombres enfrentados con lo peor, con el sufrimiento, la enfermedad, la muerte... «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (salmo 22). Tal fue el grito de Jesús moribundo en la Cruz.

Encontramos todo esto en numerosas cartas del correo de Auteuil. He aquí algunos extractos de estas cartas. ¿No son ellas los salmos del siglo XX?

SALMO 69:

«Estoy cansado de tanto gritar, mi garganta se secó, se me consumieron los ojos a la espera de mi Dios.»

- «Es una llamada desesperada la que les dirijo: mi hijo, hace algún tiempo divorciado, se da a la bebida... Cada día se hunde más... Perdió el empleo, pues acaba de pedir la dimisión. Recen para que el Padre Brottier y Santa Teresa le devuelvan el gusto de vivir, y reencontre con la fe, el equilibrio necesario para reconocer sus errores y encontrar empleo.»

SALMO 111:

«Alabaré al Señor de todo corazón... grandiosas son las obras del Señor, dignas de estudio para quien las ama.»

- «¿Podría tener la bondad de mandarme una estampa del Padre Brottier? fuí educado en el amor de este santo hombre y me gustaría tener siempre conmigo una estampa suya. Tengo 27 años, un trabajo que me apasiona y me absorbe, y me digo que, sin personas como ustedes, la vida perdería una de sus dimensiones más fundamentales.»

SALMO 91:

«Porque cree en mí, le salvaré, le defenderé, porque conoce mi nombre. Cuando me invoque le he de responder, cuando sienta angustia, estaré a su lado...»

- «Un accidente de aviación hizo de mí, a los 19 años, una persona desagradable, imposible..., mis padres y mis amigos pensaban que jamás saldría de esta pesadilla... quería morir, porque sufría demasiado. Fue entonces que mamá os pidió que rezárais por mí... A partir del comienzo de la novena, sentí una mejoría inexplicable. Todos cuantos me vinieron a ver en esta ocasión lo notaron. Hoy, tengo veinte años, y aquí estoy fuera del túnel, gracias al Padre Brottier y a Santa Teresa. Recobré el buen humor habitual y la alegría de vivir... Gracias, por haber rezado por mí.»

SALMO 84:

*«El Señor Dios es sol y escudo,
El es quien concede favores y fortuna.»*

- «Después de una larga enfermedad que duró dos años..., dos años de agonía y horribles sufrimientos, mi querido esposo acaba de dejarme. Nunca se desesperó, nunca se rebeló. Conservó la fe y jamás dejó de rezar a Santa Teresa y al Padre Brottier. Comulgaba muchas veces y ofrecía los sufrimientos por los otros. Yo, su esposa, continuaré manteniendo total confianza en el Padre Brottier.»

SALMO 40:

*«Esperaré en el Señor con toda confianza;
se inclinó hacia mí y oyó mi clamor.»*

- «Traumatizada por el nuevo casamiento de su padre, Brígida huyó. Supe que se marchó para la India. Hacía trece años que pedía diariamente y con toda confianza al Padre Brottier el regreso de la fugitiva. ¡Se cumplió! Volvió el día 24 de Septiem-

bre. Contrariamente a lo que temíamos, parece que perfectamente en forma y feliz... ¡Oh! ¡Qué bueno es reencontrar a la familia! Gracias, Padre Brottier.»

SALMO 34:

*«Cuando un pobre invoca al Señor,
El lo atiende y lo libra de todas sus angustias.»*

- «El Padre Brottier ayudó a mi hijo de 17 años a bien morir... dignamente, santamente. En mi inmensa tristeza, ésta es la mejor consolación.»

SALMO 70:

*«Yo soy pobre y desgraciado, apresúrate a venir por mí, Señor,
Tú eres mi ayuda y mi auxilio, ¡no tardes Señor!»*

- «Mi hija se suicidó hace doce años. Hoy, es mi hijo quien está completamente deprimido... Mi marido nos dejó. Estoy sola con mi dolor. No sé si comprende mi infelicidad. Me siento completamente embrutecida... No sé que hacer. Espero lo peor pero no sé en qué sentido. ¡Por piedad! ¡Padre Brottier, ayúdame!

El triste caso de uno de los muchachos

¡También nosotros, en nuestra casa de Auteuil, nos enfrentamos con cosas muy duras!

He aquí la historia trágica de un alumno nuestro, un adolescente muerto en la noche de miércoles a jueves Santo de 1983. Tenía quince años y medio y resultó muerto de un tiro de escopeta, cuando, con un hermano y un amigo, asaltaba una tienda de motocicletas, ¡horrible historia la de Raymond, que no tenía edad para morir —quince años y medio!

Hacía seis meses que estaba en una de nuestras Casas y no pudimos librarlo de la violencia y de la muerte... Los padres vivieron en la miseria del cuarto-mundo que cohabita con nuestros rascacielos orgullosos, pero a su sombra, ¡al punto de no ver esta miseria!... Cerca de dos

millones de personas viven así entre nosotros. Cuarto-mundo, mundo cruel, que significa, hablando claro, que los padres de Raymond sólo comían las migajas de nuestra abundancia —un cuarto. Eso significa además que vivían cuatro en una misma habitación, cuando no cuatro en la misma cama. ¿No será que su violencia nacería del deseo de vivir mejor y como los demás, en tanto que nosotros fingimos ignorarlos?

Hubo una misa por Raymond en una de las tardes siguientes a la entrada de Pascua. ¡Fue emocionante! Todos los muchachos estaban silenciosos y atentos, aunque el misterio de Cristo se les escapase en parte. Al final de la misa, un joven algeriano de 15 años se dirigió a mí, con una rosa que sacara del altar, y me la entregó como recuerdo de Raymond. El Director de la Casa me dijo secretamente: «Era el mejor compañero de Raymond.»

La simiente produce su fruto

Comprendéis ahora porque este correo, Corazón de Auteuil, nos es tan necesario para conseguir los educadores y educadoras conformes al corazón de Dios, tan útiles a todos estos jóvenes. Desearía terminar con una nota optimista y mostraros como la simiente lanzada en el corazón de un chico, en una de nuestras casas, gracias a la inmensa y misericordiosa ternura de Dios para con los desheredados, produjo fruto a su tiempo.

Se trata de uno de nuestros antiguos, un mozo que sigue en la cárcel. Cometió un crimen grave y fue juzgado el 15 de Diciembre de 1981. Dios, gracias a la acción discreta de un sacerdote, tocó su corazón en la prisión y se convirtió. Dejémosle hablar:

El día de Navidad, un grupo coral vino a cantar a nuestra Casa de Reclusión. No podíamos verlo, porque la primera puerta de las celdas estaba entreabierta y la segunda con rejas, cerrada con llave. El sonido llegaba hasta mí; todo mi interior era sacudido y me sentía triste y feliz al mismo tiempo. Espero que haya podido hacerle comprender el comportamiento que tuve en ese momento.

Fui transferido para otra Casa de Reclusión y condenado a seis meses de prisión criminal. En el momento fue duro pero,

cuando volví a la celda, mi angustia se disipó un poco, al ver en mi mesita las fotos de Cristo, del Padre Brottier y del Padre C. Me eché enseguida y apreté en las manos, con todas mis fuerzas, el Rosario que el Capellán me había regalado. Apreté el Rosario para que el Señor me impidiese caer en la desesperación. El Señor me oyó, pues estos seis años no me dan miedo. Los combato con el amor de Cristo.»

El último domingo de Septiembre de 1983, este mozo recibió el bautismo en la capilla de su antigua Casa de Auteuil, después de dos años de preparación. Su seriedad, su alegría, su felicidad, fruto maduro de tantas y tantas oraciones dirigidas diariamente por la Obra de Auteuil, conmovieron a todos los asistentes.

Nada es fuerte como la oración.

Padre GABRIEL DAVID; C.S.Sp.
Director General Adjunto de la Obra de Auteuil
(1984)

TRAS LAS HUELLAS DEL VENERABLE LIBERMANN

Primeros albores de una vida generosa

«En esta Congregación enteramente apostólica, no hay lugar para las almas débiles.» (N.D. I, 662.)

Daniel Brottier entró en la Congregación del Espíritu Santo a los 27 años, después de tres años de ministerio sacerdotal en la diócesis de Blois, de donde era oriundo. Allí nació, cerca del castillo de Chambord, uno de los más bellos castillos del Loire. La llamada a las Misiones coincidió, en él, con la llamada al sacerdocio, desde la infancia.

«La vida misionera, —escribe a Mons. Le Roy, entonces Superior General de los Padres del Espíritu Santo— siempre la consideré, desde los doce años, como la vida de un hombre que quiere sacrificarse e inmolarse por la salvación de las almas —deprisa o gota a gota, ¿qué importa? Sin embargo, si se me permitiera expresar mi preferencia, ésta sería para la primera eventualidad. No querría ser presuntuoso, pero si Vd. tiene un lugar peligroso, en el que sea preciso arriesgar a alguien, yo le digo: ¡aquí estoy!»

Brillan ya en él la magnanimidad y generosidad que caracterizarán toda su vida.

Anhelo de martirio

«Creo que todos aquellos que se entregan a Dios para trabajar en esta Obra están dispuestos para todo. (N.D. I, 662).

He aquí la carta que escribió al Padre Genoud, Maestro de novicios, algún tiempo antes de entrar en el Noviciado:

«No pensaba que fuera tan complicado dejar el mundo: cuando se considera el sacrificio en los demás, parece no tener la mínima importancia; cuando nos toca, personalmente, la situación cambia enteramente y las cosas aparecen con otra luz. Lo que me consuela y atrae es que, en el fondo del corazón, siento el mismo entusiasmo. Ansío ir a ocupar mi lugar entre los trabajadores que, allá lejos, exploran el campo tan vasto del Padre de familia. Como tengo muchas razones para no engañarme sobre la suma de bien que, por mí mismo podré hacer, y por la suma de energía que personalmente derrocharé, al menos ansío poder ofrecer mi vida, mi sangre, por la difusión de la Buena Nueva. El Evangelio, ésta es mi convicción, sólo se propagará entre los pueblos salvajes, en las mismas condiciones en que se propagó en los primeros siglos: es preciso que la semilla sea regada con la sangre de los mártires. ¡Oh! si Dios se dignase aceptar mi sangre por esta gran obra, de buen grado la daría. Este deseo del martirio es muy ambicioso, pero me parece que, sin él, no puede haber verdadero misionero...»

Al servicio de los más abandonados

«El fin especial para que fue fundada la Congregación es la salvación de las almas más necesitadas y más abandonadas.» (N.D. X, 451).

Cuando pone pie en tierra de Africa, en Senegal, Daniel Brottier es un gigante afable, de porte majestuoso, barba poblada que ya empieza a blanquear, sonrisa afectuosa y burlona, mirada penetrante y profunda, donde brilla unas veces la autoridad del jefe, otras la bondad del Padre: «este Padre tenía dos almas», dirá de él, a este propósito, una religiosa que lo conocía bien. Los negros y mestizos, en S. Luis, los sol-

dados en el frente de batalla, los Huérfanos de Auteuil, son los humildes que el Señor le confiará. «Una epopeya en tres cantos», dirá Mons. Coubé: será misionero africano, capellán militar de primera línea, Padre de los Huérfanos.

Actividad y celo devoradores

«El alma, la fuente y el alimento del verdadero celo es un amor de Dios, puro, santo, ardiente, íntimamente grabado en el corazón.»
(N.D. X, 509.)

Lo que caracteriza a Daniel Brottier, a primera vista, es el celo. Desde que llega a Africa, se hace notar inmediatamente por su inmensa actividad en los dominios más variados: se acuesta tarde y se levanta pronto, teniendo que ser llamado a la orden, más de una vez, por su obispo y amigo, Mons. Jalabert. Si no aprende el «wolof», es porque le confían un ministerio pesado, dicho temporal, «un temporal que dura», como es costumbre entre Espiritanos. Capellán voluntario de infantería, en el frente de batalla, siempre con las primeras oleadas de asalto, manifiesta, como él mismo confiesa, «una abnegación y valentía sobrehumanas». Dirá más tarde:

«Si fuese preciso recomenzar lo que hice en Verdun o en Soma, sería incapaz. Sería incapaz de transportar los heridos a cuevas, permanecer días y noches enteros en cuevas de árboles bajo bombardeos insensatos, sonreír y bromear cuando nos sentimos embrutecidos por el frío, por la fatiga, por el sueño y por el miedo. Todo eso es algo sobrehumano.»

Es en circunstancias semejantes cuando los héroes se manifiestan: poseía una elevada idea del papel del sacerdocio entre los soldados de infantería de primera línea, compartiendo su existencia, privaciones y peligros, testimoniando su fe y despertando la de ellos, manteniéndoles la moral y ayudándoles a morir como cristianos, no aceptando jamás otro lugar que no fuese donde los simples soldados estaban más expuestos.

Conocemos la inmensa actividad desarrollada en Auteuil. Sólo daré como ejemplo su célebre paráfrasis sobre el tintero:

«¿Véis este tintero? Me rindió más de veinte millones. No hice discursos; no hice visitas; no frecuenté las antecámaras. Pero escribí treinta, cincuenta, ochenta, cien cartas al día; a veces, doscientas. Contesté a todas las personas que me escribieron, a todos, sin una sola excepción. Tanto para la Catedral de Dakar, como para mis huérfanos. ¿Recibía un sello de diez centavos? Lo pegaba en ella y expedía la respuesta y el agradecimiento que debía. Este modo de actuar produjo siempre óptimo resultado. Lo considero el más fecundo de todos.»

Amor de Dios

La fuente de este celo y su alimento, grabado en lo más hondo del corazón de Daniel Brottier, es su amor a Dios. A este respecto, son unánimes cuantos le conocieron: fue verdaderamente «el hombre de Dios», devorado por su amor. Desearía dar la palabra, en este artículo, a los espiritanos que convivieron con él más de cerca.

«La Obra de Auteuil —dice Mons. Gay— no era a sus ojos una obra filantrópica, resultaba de su amor a Dios, así como su deseo de las misiones y estancia en Africa no eran para él una especie de aventura, sino el resultado de su amor a Dios; de igual modo, su dedicación a los soldados combatientes se explica por el amor a Dios que lo impulsaba a salvar almas.»

El Padre Pichón, su colaborador inmediato de 1923 a 1936, se expresa así: El Padre Brottier tenía la devoción de las almas abandonadas; en esto era un digno miembro de la Congregación del Espíritu Santo. Cuando alguno de los compañeros parecía sentir que la Obra de Auteuil no estaba en las atribuciones de la Congregación, respondía que, muy al contrario, debíamos dedicarnos a las almas abandonadas de los huérfanos como a las de los negros de Africa. Era la fe que le inspiraba. Su gran devoción era el Sagrado Corazón de Jesús, por la cual se empeñaba en venerar especialmente su amor por nosotros. Vivía constantemente en la presencia de Dios. Me dijo muchas veces:

«Cuando tengo que tomar una decisión importante, rezo. Estoy convencido de que Dios me asiste y, cuando hablo, lo hago realmente en Su presencia.»

El Padre Paul Rigault, su amigo íntimo, me habló de él repetidas

veces: «Sí, el amor de Dios es su cualidad principal, la fuente de todo el resto. Es porque era un santo amigo de Dios, que fue tan caritativo con todos sus hermanos, sobre todo con los «bienaventurados» de la pobreza, de la injusticia, de la dulzura, de los más pequeños. ¿Por qué fue durante toda su vida hombre de deber y de sacrificio? Porque sólo pensaba en servir y amar a Dios, aliviando las miserias humanas.

Daniel Brottier diría:

«Sólo busco la gloria de Dios; con tal de que Dios esté contento y las almas se salven, ¿qué importa el resto? No trabajo para mí.»

Fe y confianza en la Providencia

Tenía una fe de transportar montañas y comunicaba con calor su inmensa confianza en la Providencia.

- «No debemos dudar de la Providencia, sino rezar y obrar. De este modo allanamos las montañas.»
- «Nunca debemos dar prisa a la Providencia: muchas veces no comprendemos bien lo que acontece y, un día, nos apercebimos de que la Providencia condujo las cosas de la mejor forma.»
- «Cuando no conseguimos resolver un negocio, debemos ganar tiempo y dejar actuar oportunamente la Providencia.»
- «Si dudamos en la orientación a tomar, pidamos una señal a la Providencia; una súplica sincera siempre tiene una respuesta.»
- «Mientras que podamos decir a Dios: «—acogí a estos pobres niños por tu amor; ayúdame ahora a educarlos, —tened la seguridad de que la Providencia intervendrá. Pero si pretendiésemos proporcionar las admisiones a los recursos disponibles, tendríamos sorpresas desagradables...»
- «En caso de contrariedad: “Dios no lo quiso. No llegó su hora. Esperemos”».

Muchas veces pedía señales, o directamente a Dios, o a Santa Teresa; el hecho de haber recibido algunas le animaba a solicitar otras. Ante un proyecto que le presentaban o de una idea que le venía,

decía: «¡Voy a pensar en eso!» Quería decir con ello: voy a rezar y esperaré una señal. Sin embargo se imponía a la vez un trabajo de busca prudente y de consulta considerable.

El hábito de vivir vuelto hacia Dios le lleva, como al Cura de Ars, a juzgarse llamado para la vida contemplativa. Sólo estuvo quince días en la Trapa.

«Esta vida de soledad está muy bien, pero no está hecha para mí. Salí de ella con un ¡uf! de alivio, porque no era mi vocación.» La señal providencial que tuvo —¡el hambre! Vivirá constantemente «hambriento» de soledad.

Amor de Dios sin límites

El principio de todo nuestro proceder con las almas a las que somos enviados, será un amor tierno, fuerte y compasivo, un deseo ardiente de proporcionarles la salvación y de santificarlas.» (N.D. X, 515.)

Lo que se manifiesta visiblemente en la vida del Padre Brottier es su inmensa caridad, expresión concreta de su amor a Dios. «Lo que hiciste a uno de estos hermanos míos más pequeñitos a mí me lo hiciste» (Mat. 25,40). Sus feligreses de S. Luis le vieron muchas veces rodeado de una chusma de jóvenes, y tan a gusto en la instrucción religiosa como en la dirección del grupo coral, en la cocina como en la plantación: se hizo célebre el mango que él injertó, el «mango Brottier», enorme. Siempre en la brecha, sin cesar, al servicio de todos. Podríamos repetir esta frase para caracterizar su ministerio de Capellán en el campo de batalla, donde fue un rayo de sol por su jovialidad, por su afectuoso interés hacia cada uno, sobre todo para los injustamente considerados, por su constante bondad: «la bondad ensancha el corazón y lo abre como asilo a todos los sufrimientos», decía él. El Canónigo Jamot, que lo conoció en aquellos tiempos, testimonia: «Puedo decir que siempre me edificó su celo, me maravilló su dinamismo. Tenía la preocupación constante de elevar las almas y aproximarlas a Dios... El Padre Brottier continúa siendo para mí el sacerdote más sacerdote que encontré en el frente, durante la guerra.» Y no obstante absorbía a veces un tubo entero de aspirina, tales eran sus dolores de

cabeza; pero nunca le oí quejarse. Decía: «Es preciso asegurar el trabajo.» En Auteuil, toda su actividad estará animada por la caridad.

«¿Qué vida más hermosa quiere Vd., para un sacerdote, que la que vivimos aquí? Véalo Vd. mismo: ¿pasamos el día haciendo qué? practicando la virtud de la caridad. De la mañana a la tarde ¿qué hacemos? Acoger a personas afligidas, animarlas, asistirles, devolverles la esperanza; recoger a los huérfanos, vestirlos, alimentarlos, darles cama, ponerlos al abrigo de las necesidades, educarlos, catequizarlos, hacer de ellos buenos cristianos; servir de intermediario de los pobres obreros y obreras sin empleo, para procurarles trabajo, interceder junto a las autoridades civiles, militares y religiosas, en favor de familias o personas en la miseria; aclarar y guiar almas inseguras o angustiadas que procuran un buen camino; visitar a los enfermos, consolarlos, reconciliarlos con Dios; rezar y mandar rezar incesantemente a nuestros niños por las mil y una miserias, de las que somos confidentes; prestar servicios a todos, muchas veces, más a los ricos que a los pobres; ¿qué es todo esto de hecho, sino un perpetuo ejercicio de la caridad?»

«Crea Vd. lo que le digo: nosotros escogemos la mejor parte, o más bien, fue Dios quien la escogió para nosotros y debemos agradecersele con fervor. Vivir como Cristo vivió, ¿no será para el sacerdote el camino de la perfección?»

Bondad extrema

Su delicada fineza, su cortesía y distinción revelaban una extrema bondad. La manifestó particularmente en los últimos años de su vida.

«Me encolericé una vez y las consecuencias fueron tan deplorables que juré a Dios no volver a hacerlo jamás. Ser bueno es saber dominarse en los pormenores de la vida, es reflexionar antes de responder y de tomar una decisión. La habilidad está en conseguir aguantarse, para evitar la cólera.»

Esta bondad estaba centrada en un sentido innato de la Justicia. Cuando llegó a Auteuil, lo primero que hizo fue subir los salarios de los empleados y obreros. «Para que cada uno tenga lo que es debido

—decía él— debemos darle más de lo que es debido.» Mejoró igualmente el régimen alimenticio y las ropas de los Huérfanos. Dejaba entender que es preferible exagerar en la generosidad, para así no faltar a lo que es justo. Decía además: «Para mandar bien, es preciso estar en condiciones de poder ejecutar por sí mismo la orden recibida.» Estas cualidades, juntas a un sentido innato de autoridad, hicieron de él un educador sin par. Muchas veces le comparan a D. Bosco. Bondad y firmeza, esta unión tan difícil de realizar, fue el cuño de su genio. Le acompañaba la estima, el afecto, el respeto de la libertad, con exigencias, junto de aquellos que la Providencia le confiaba, en virtud de su situación familiar y social y, sobre todo, de su dignidad de hijos de Dios.

- «Si queremos conseguir buenos resultados en Auteuil, debemos dedicarnos enteramente y sin reservas a estos niños. Yo me ofrecí a Dios para servirles hasta la muerte. No deseo otro puesto: quiero morir aquí, a su servicio.»
- «Es preciso que aquellos que vienen a nuestra casa sean felices.»
- «Es preciso que los niños sientan que yo sé lo que ellos hacen y que les sigo con todo afecto.»
- «Es preciso que los niños sean tratados sin dureza y siempre con Justicia. Prefiero la recompensa a los castigos.»
- «Que no se puedan quejar de la alimentación, de las ropas, de las herramientas. Después de eso podéis predicarles y mandarles rezar.»
- «Debéis haceros hombres, amigos míos, —éste debe de ser vuestro ideal. Un hombre es aquel que sabe lo que quiere y lo hace, cueste lo que cueste. No seáis esas sombras de hombres, que van delante suyo al azar.»
- «El valor espiritual es la cualidad propia del hombre. Nuestra situación financiera o social puede cambiar; nuestro valor personal, intelectual y moral, ¡ese permanece y permanecerá siempre!»
- «Tomad a pecho el desarrollar en vosotros esta personalidad, este don que Dios os dió.»
- «La vida cristiana será inculcada a los niños a partir de la liturgia de la misa; tan sólo es preciso darse el trabajo de desmenuzarlo todo, hacer estos treinta y cinco minutos vivos, cantantes, interesantes y, en fin, felices.»
- «Es preciso dar a los niños el gusto de las cosas de Dios y... evitar que sientan repugnancia por ellas.»

El Padre Brottier se conmovía siempre delante de sus pequeños comulgantes. Su elocuencia era enternecedora:

«Hoy quería pedir os un favor, niños míos, en esta hora, en que el Señor de Cielos y Tierra está en vuestro corazón... ¿Qué es lo que os pido? ¿Dinero? No. Oraciones. Vosotros sois, con vuestro capital de oraciones, el pararrayos de la Obra de Auteuil.»

No era paternalismo. Al fondo de la plaza de Auteuil, se vé una estatua del Padre Brottier, extendiendo la capa sobre un pobre chaval. Es uno de estos jóvenes «gorriones de París», más o menos vagabundos, que él acogía durante algunos meses para prepararlos para la primera comunión. Su ignorancia era notoria y sus réplicas inmediatas desarmaban al incauto. He aquí como uno de ellos respondió a la lección de Catecismo: Jesús fue conducido a S. Sulpicio (al suplicio) por Poncio, un pirata de Judea, y estuvo en los Inválidos («enseveli» enterrado), después de haber descendido en Denfert (descendido a los infiernos). Era preciso algún tiempo para domesticarlos, después, su buena índole subía a la superficie. Aquel gorrión había huido de la jaula. Reincorporado a la fuerza, se lo traen al Padre Brottier que conversa con un visitante en el patio. A un gesto de defensa contra una posible bofetada, el Padre Brottier responde, atrayéndole suavemente hacia sí y metiéndole debajo de la capa, mientras continúa la conversación. Instantes después, el pequeño entreabre la capa, dejando aparecer la cabeza desgñada, pero sonriente. «¿Cómo va eso? —Va mejor Padre.» y el pequeño «commodard» (era así como les llamaban) corre a jugar con los amigos.

Muchos antiguos protegidos del Padre Brottier testimoniaban por carta o visitas cuánto lo apreciaban y amaban. «La verdadera felicidad —decía él— es la que se proporciona a los demás.»

Unión continua con Dios

«El recogimiento es el estado de un alma presente en Dios y en sí misma.» (N.D. XI, 546.)

Las personas que conversaban con el Padre Brottier quedaban

vivamente impresionadas al verificar su constante unión con Dios. «Cuando íbamos a hablar con él», recuerda el Padre Pichon, «posaba la pluma, escuchaba atentamente lo que decíamos y respondía, después, como si repitiese las palabras que oía dentro de sí.» Después de hablar con él, algunos sacerdotes decían: «Cuando nos responde, se diría que es Nuestro Señor quien habla.» Una señora testimonia en el mismo sentido: «Cuando le pedíamos consejo, levantaba los ojos al cielo. Respondía inmediatamente o bien decía: «Le escribiré mañana.» o bien: «Telefonéeme más tarde.» No tenía en esta ocasión la respuesta clara de Dios. Entre los dones del Espíritu Santo que lo animan, brilla de un modo particular el don del Consejo, como acontece con el Padre Libermann. Algunos obispos, en su paso por París, venían a consultarle con mucho gusto; hasta el mismo Cardenal Verdier que, el día de sus exequias, habló extensamente de su santidad. Mons. Longavant, antiguo obispo de la Reunión, actualmente jubilado en la Abadía de Langonnet, testimonia:

«Sólo tuve ocasión de conversar dos veces con el Padre Brottier. Ya conocía su Obra por todo cuanto se decía y esperaba encontrar a un hombre agitado, apresurado, enervado, abrumado por múltiples ocupaciones y cuidados. Al contrario, quedé vivamente impresionado con su serenidad, paciencia y bondad que nada podía oscurecer. Supuse inmediatamente que sólo una intensa vida interior, diré asimismo una constante unión con Dios, podía ser la causa de una tal virtud. Cuando, después de su muerte, oí hablar del «Santo Padre Brottier» el hecho no me asombró. Dije para mí: «Finalmente no me equivoqué.»

Estar presente en sí mismo, poseerse a sí mismo, con calma, le son tan familiares que parecen normales y naturales a quién no conoce su carácter ardiente, sensible, y también tierno y violento. ¡Jamás una palabra demasiado fuerte o un gesto inconsiderado, incluso cuando afronta dificultades, oposición o incomprensión! «Nunca le ví desanimado», declara su hermano, «aunque muchas veces estuviera físicamente cansado. Cuando emprendía algo y no resultaba, decía: «No supimos darle el curso conveniente: probemos de otra manera, y veremos.» «Esperémoslos en la curva», decía riendo, cuando nos oía. En el seminario, dió la impresión de un muchacho bullicioso y batallador; poco a poco, a través de esfuerzos prolongados y persistentes, ganó un tal dominio de sí mismo que aparentaba una perpetua serenidad.

Con Cristo en la cruz

«La perfección cristiana consiste en la unión de amor perfecto con Nuestro Señor, basada en la completa renuncia de nosotros mismos.» (N.D. III, 133)

Recogimiento y renuncia son las condiciones establecidas por el Padre Libermann para que un apóstol se deje conducir por el Espíritu Santo. El Padre Brottier tomó a la letra la palabra del Señor: «Si alguien quiere venir en pos de mí, renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame.» (Mt. 16,24.) No tuvo que imponerse penitencias extraordinarias, no las buscaba. Su cruz fueron sus terribles dolores de cabeza, sufridos desde la juventud, que fueron creciendo con las responsabilidades y la santidad. «Trabajar, luchando diariamente con atroces dolores de cabeza, en esto consiste el mérito del Padre Brottier», dice Mons. Le Hunsec. Cuando le pedían información sobre esto, respondía: «¡La caldera sigue siempre en ebullición!» No se quejaba. Como descanso, sólo tenía tres o cuatro semanas de vacaciones, pasadas en Saverne, en una de nuestras casas, cuyo superior era uno de sus grandes amigos. Será a este espiritano a quien dirá al expirar: «Padre Groel, ¡me voy!» Y el Padre Groel, muy distante, en Saverne, le oyó claramente en plena noche.

Muchas veces se siente congestionado. Su rostro se vuelve escarlata. «Qué buena cara tiene Vd.!\», le decían aquellos que desconocían su sufrimiento. «No tengo dolores en la cara», tartamudeaba, «¡sino en la caja que la sostiene!» Con este persistente dolor de cabeza, despachaba su trabajo. Con este dolor de cabeza, lo asociaba el Señor estrechamente a su Pasión, a la que tenía una devoción particular. «Sufrió siempre atrocemente de dolores de cabeza», escribe el Padre Pichon, «pero era un trabajador pertinaz; nada trababa su actividad. Algunas veces lo ví echar en la sopa ocho o diez comprimidos de aspirina. Le advertía que era imprudente, que se intoxicaba. Me respondía que era la única manera de poder trabajar por la tarde. Hacía así todo lo que podía para no interrumpir el trabajo y, de hecho jamás lo interrumpió. Pero sufrió hasta el fin. Creo que Dios permitió estos sufrimientos para acrecentar sus méritos. Decía: «No sé lo que es escribir sin dolor de cabeza.» Sin embargo, su inteligencia se mantenía siempre completamente clara. Cuando hablaba, poseía un extraordinario don de improvisación. Diez días antes de su muerte, entrando de improviso en su cuarto, lo

encontré con la cabeza entre las manos, llorando verdaderas lágrimas. «¡Pobre Padre! le dije, «¡Vd. sufre mucho!» —«Sí», me respondió, «hace varias horas sin interrupción: ¡es para no saber donde meterse!».

El rezo del Rosario, por la tarde, era su tiempo de descanso diario. Lo hacía, paseando a lo largo de la capilla, profundamente recogido, en el patio, donde jugaban los niños; su poder de concentración se manifestaba en la facilidad con que se inmovilizaba en la oración. Lo testimonian todos cuantos lo vieron rezar o celebrar la Eucaristía.

Delante de Jesús sacramentado

«La oración consiste en un reposo sencillo, tranquilo y lleno de confianza, delante de Nuestro Señor.» (N.D. VII, 37.)

Ya que en el transcurso del día su tiempo era devorado por el trabajo y debía cumplir, por la tarde, sus obligaciones de oración litúrgica y de lecturas espirituales, encontraba siempre forma de ser el primero para la oración antes de la misa. «De ello fuí muchas veces testigo emocionado», dice el Padre Rigault. «Fue en la sacristía cuando le vi rezar así. Durante la noche, el Santísimo Sacramento se guardaba en un cofre-fuerte disimulado en un armario de la sacristía: allí era donde tenía la seguridad de encontrarlo, unas veces de rodillas, otras, la mayor parte de ellas, sentado en la extremidad del canapé, cerca del armario donde estaba realmente presente nuestro Dios. Inclinado, con un profundo recogimiento, adoraba y rezaba sin dejarse distraer. «Enseguida, algún tiempo antes de la misa, llevaba el Santísimo Sacramento hacia el tabernáculo. Esto nos recuerda al Padre Laval, orando largamente en la misma actitud, junto al tabernáculo, por detrás del altar.

Virtud de la energía

«La energía y la suavidad, he ahí la acción divina, he ahí la síntesis de toda la actividad apostólica.» (L.S. II, 468)

La más hermosa de las virtudes del Padre Brottier —subraya el

Padre Mauricio Briault— fue la virtud de la energía. Una energía tranquila, perseverante, inaccesible a la inercia que la rodea, a las incomprendiones y asimismo a los ultrajes, que siempre prefirió a los elogios. Es la característica de la presencia viva del Espíritu Santo —*fortiter et suaviter*— enérgica pero suavemente, favorecida por las sobredichas condiciones. Este ambiente de fuerza, dulzura y paz, lo presenta el Padre Libermann como el medio donde se desenvuelve la acción del Espíritu Santo. «Aquello que mejor manifiesta la fuerza heroica del Padre Brottier, según creo —dice el Padre Pichon— es su calma y serenidad siempre iguales, ya que, en una casa como ésta, todos los días hay una serie de catástrofes —un niño que se escapa, un obrero que se aplasta una mano, un empleado que se queja del contraamaestre o del ingeniero— al cabo de la tarde se ha agotado la paciencia. Ahora bien, yo jamás vi al Padre Brottier con la paciencia agotada.

Unión práctica con Dios

«Lo esencial está en vivir, a lo largo del día, en unión práctica con Dios.» (N.D. XII, 699)

El Padre Libermann fundió en una fórmula lapidaria el secreto de la santidad del hombre apostólico, enteramente consagrado a las obras de Dios: unión práctica. Esta expresión es, sin duda, la que mejor se acomoda al tipo de santidad del Padre Brottier. Consiste esta unión en el hábito de permanecer unido a Dios en medio de las diversas actividades y en vivir con una docilidad tal al Espíritu Santo que, cuanto más se multiplican las actividades, tanto más se consolida la unión, por una mayor necesidad de ser señor de sí mismo, para dejarse conducir por El.

¿No estará en eso el peso espiritual del nombre de espiritano, una pertenencia muy particular a aquel que es el Promotor de la Misión? Místico y hombre de acción, como su maestro espiritual, el Padre Brottier es un espiritano según el estilo apostólico que el espíritu de Dios forjó para nosotros. «La vida sobrenatural se volvió, por decirlo así, natural», escribió Francisco Libermann (Esc. Esp. 554); esto mismo confirma, como eco, Daniel Brottier: «Cuando lo sobrenatural se vuelve cosa natural, entonces tienes verdadera vida interior».

Sencillez y humildad

«Un gran principio de la vida espiritual es simplificar las cosas lo más posible». (L.S. I, 419)

«No compliquéis la vida espiritual; la complicamos frecuentemente. Y, sin embargo, es una cosa muy sencilla. La vida espiritual está hecha de pequeñas menudencias: el cumplimiento de nuestro deber de estado para agradar a Dios. De este modo, estamos constantemente unidos a El y nos perfeccionamos con su gracia».

El Padre Briault —testigo fidedigno— dice del Padre Brottier que era humilde por virtud y por inteligencia. «Nunca se envaneció de lo que hizo en su vida. Su agudeza de espíritu lo protegía de toda exageración, en palabras o pensamientos, de las obras que realizaba. En sus inmensos trabajos, se aconsejó muchas veces con hombres competentes y de autoridad, pero la competencia tenía que ser selecta. A mi modo de ver, sobresalía más por las excelentes cualidades que por la santidad. Lejos de mí, sin embargo, establecer una oposición entre estos dos términos. Pero lo que me impresionaba era su «grandeza de alma, su excelencia de espíritu, que armoniza perfectamente con la humildad. Ante los resultados que consideraba a veces mínimos, tocante a la educación cristiana de los jóvenes de Auteuil, se preguntaba sinceramente si podía solicitar tantos sacrificios financieros de las personas; se preocupaba de esto junto a sus colaboradores, siempre dispuesto a hacerse responsable si fuese preciso.

Nos preguntábamos por qué llevaba habitualmente sus condecoraciones en la sotana, visibles bajo su gran barba blanca. Su hermano, que lo conocía íntimamente, nos dijo el motivo: «Daniel era hombre humilde. Las condecoraciones con las que fue honrado le facilitaban su tarea a favor de los huérfanos ante las autoridades constituidas. No veía en esto otro motivo. Un día, Mons. Jalabert marcó con él un encuentro para ir a no sé qué ministerio. Cuando Daniel llegó, el Obispo notó que no se había puesto las condecoraciones. Le llamó la atención sobre eso. «Pero —respondió Daniel— yo no preciso de eso». El obispo insistió: «Vaya de prisa a buscarlas; es preciso que, al verlo, sepan con quien hablan y le traten en conformidad». Fue el obispo quien me contó este caso. Lejos de pretender aparentar como persona-

je importante, era de una constante bondad, lleno de humor, dando tanta importancia al más modesto como al más distinguido de sus interlocutores.

Una de las más extraordinarias fotografías del Padre Brottier es aquella que lo representa entre dos de sus compañeros, en la calle Rivoli, en medio de sus huérfanos, en la fiesta de Juana de Arco, el 10 de Mayo de 1935. ¡Fue su día de triunfo! Su persona y su obra eran conocidas en París entero. Por eso, cuando lo vieron avanzar, precedido de la charanga de sus aprendices y seguido de 400 muchachos, de la boca de los espectadores estalló un grito interminable: «¡Viva el Padre Brottier!» Desde la Concordia al Ministerio de Finanzas, fue objeto de una ovación delirante por parte del pueblo de la capital. Decía entonces a su vecino: «¡Qué suerte para los huérfanos!». Estaba radiante: toda esta gloria era por causa de ellos y para ellos.

«Cuanto mayores son las cosas que hacemos, más pequeños nos sentimos. Aquellos que no hacen nada se creen siempre muy grandes».

Finalmente, el Padre Brottier era humilde, porque era sincero, enteramente entregado a aquellos que el Señor le confiara. Esta humildad y esta sencillez son rasgos preciosos de la familia espiritana, que caracterizan a los apóstoles de los más abandonados. «La verdadera sencillez» —escribe el Padre Libermann— «es la virtud de los perfectos». (L.S. I, 238.)

«Lo que es preciso, aquello que me gusta, es la verdad. A veces es amarga y por eso vacilamos en decirla... Le ruego que me haga el favor de decir las cosas como son, de forma a volver al camino recto, si me hubiera apartado de él. Por consiguiente, procure no decirme nunca cosas agradables por el placer de dejarme en una paz engañadora: ¡Dígame la verdad!».

Mons. Le Hunsec y el Padre Juan Gay, su secretario, venían a almorzar todos los Domingos a Auteuil con el Padre Brottier. Un ambiente fraterno de «Cor Unum» que se prolongaba en una conversación fluida sobre los más diversos asuntos. Ahora bien, ni el uno ni el otro le consideraron jamás como santo, ni cualquiera de los espiritanos interrogados con ocasión del proceso, ni siquiera el Padre Cabon. Su cuñada, en cuya casa se quedaba a veces después de la muerte de sus

padres, testimonió: «Lo venerábamos, confiábamos en él, pero en general, no pensábamos en pronunciar el nombre de “Santo” respecto a él». El Sr. Pedro Buquet, el colaborador laico que más de cerca lo conoció, se expresa en estos términos: «El Padre Brottier gozaba ya en vida de una consideración que estamos lejos de testimoniar a toda la gente. Concordábamos en reconocerle una gran virtud, pero no sé si toda la gente tendría la impresión de que un día sería elevado a los altares; no se pensaba eso. Fue preciso que el propio Dios se encargase de establecer, diríamos, su reputación de santidad, respondiendo a sus oraciones con favores y milagros de toda naturaleza».

Hombre de colaboración y de amistad

Otra muestra de su sencillez era el gusto de disimular sus talentos ocultos, recurriendo al gracejo. No resisto al placer de contar la broma particularmente reveladora, jugada a un compañero en el Senegal. Cuando llegó a San Luis, le pidieron para hacer una homilía dominical. Uno de los coadjutores le recomienda que preste atención a sus principios oratorios y le pide hacer un ensayo delante de él. Muy serio, el orador hace grandes gestos desmañados, incoherentes, tartamudea y pierde el hilo... Al Domingo siguiente, gran ansiedad. El coadjutor empieza a rezar el Rosario cuando su compañero sale al púlpito; sonríe, sin embargo, momentos después, al verificar su extraordinaria elocuencia. Fue una de las numerosas y célebres bromas de Daniel Brottier. Otra vez, sirvió a los compañeros un guisado de gato, como si fuese conejo, preparado por él mismo (¡el gato de las religiosas vecinas!). Fue siempre un hombre de comunidad, agradable y jocoso, buscado por todos.

Un hombre de colaboración:

«La confianza es la mayor cualidad en la colaboración. Nunca se debe desanimar ni tratar con brusquedad a una buena voluntad. Debemos animar regularmente a los colaboradores, como damos cuerda a un reloj...»

Un hombre de amistad:

«La amistad es cosa rara y divina.

La amistad es el sentimiento humano más perfecto, porque es el más libre, el más puro, el más profundo.

La amistad es la posesión recíproca de dos pensamientos, dos queres, dos virtudes, dos existencias.

La amistad es el olvido de sí mismo para la felicidad del otro.

Participando en las alegrías de los amigos, acrecentamos la dulzura que con ellas experimentan; participando en sus tristezas, les mitigamos el dolor».

Hombre de comunidad

«Lo que más noté en el Padre Brottier —dice el Padre Cabon— fue ser un hombre de comunidad: sin hacer nada para granjearse la atención, se dedicaba a dar gusto a todos y a todos atraía». La humildad debe haber sido la piedra de toque de su espíritu comunitario.

Es este espíritu de pobreza espiritual, delante de Dios y de sus hermanos, que inspira su voto de pobreza. También en esto es profundamente espiritano: una pobreza de tipo apostólico, en que todo está orientado para el servicio de la Misión. Un pequeño departamento le sirve al mismo tiempo de cuarto de dormir y de despacho; el inventario de su ajuar, a la hora de la muerte, es elocuente: dos sotanas usadas, cuatro camisas, cuatro pares de calcetines, seis pañuelos y dos pares de zapatos.

«Llevaba la pobreza bastante lejos —dice Mons. Le Hunsec—. Rehusó siempre el automóvil que el Consejo de Administración le ofrecía para los desplazamientos y, de preferencia a los taxis que habría podido tomar, usaba el metropolitano y el autocar. Nada retuvo para sí ni para los suyos, ni para la Congregación, de las enormes sumas de dinero que tuvo entre sus manos. Aceptaba, además, la fiscalización de su contabilidad. Liberal en dar limosnas, era de extremo rigor en la administración de los millones que recibía: nada de lo que se destinaba a la obra en causa debía de ser desviado». El Padre Briault recuerda que su compañero de Auteuil ocupó, en la Casa Madre, durante algún tiempo, un cuarto contiguo al suyo, particularmente

desconfortable. No se quejaba y allí vivía atrancado de paquetes que llegaban de todas partes para sus obras.

Hombre de obediencia

Testimoniando el espíritu de obediencia del Padre Brottier, Mons. Le Hunsec pudo decir que «todo cuanto emprendiera lo hizo de acuerdo con los Superiores». No siempre fue fácil, pues, muchas veces, tuvo que convencerlos, dada la envergadura de sus iniciativas, que daban miedo. ¿No tenía, por ejemplo, antes de morir, el proyecto final de reagrupar a todos los huérfanos de Francia en una asociación de mutua ayuda financiera y educativa? Una obediencia inteligente y responsable, que también sabía «renunciar a las iniciativas personales y demostrar que las opiniones de los Superiores tenían primacía sobre sus propios sentimientos». (Mons. Le Hunsec).

Es bien conocida la limpidez de la mirada del Padre Brottier. Hombre de una gran delicadeza, reserva y distinción, supo amar sin reservas. La educación que él daba en este dominio tan esencial para los adolescentes carentes de afecto, era al mismo tiempo extremadamente exigente y muy comprensiva. En esto, también el voto canalizaba las inmensas energías de su naturaleza ardiente y sensible para el don absoluto de sí mismo, característica de hombre apostólico: «No hay mayor amor que dar la vida por aquellos que amamos».

Intimidad sobrenatural con Santa Teresa del Niño Jesús

«No quiero tratar este asunto contigo..., es con Nuestro Señor y Su Santísima Madre que lo quiero tratar... y después lo hablaré también contigo». (L.S. III, 211)

El Padre Brottier habló, en algún lugar, de la Comunión de los Santos, aludiendo particularmente a Santa Teresa del Niño Jesús, con la cual mantuvo una misteriosa conspiración. Sólo la conoció al regresar de la guerra, cuando supo por Mons. Jalabert, que fue ella quien le protegiera. Desde entonces Teresa se volvió en la confidente, la bienhechora, la «reinecita» de todos sus proyectos. ¡Extraordinaria intimidad de los Santos!

«La Providencia de los Huérfanos es, sobre todo y siempre, Santa Teresita, aquella que, de una vez por todas, tomó nuestra casa a su cuidado...

Por eso, con qué confianza todos los amigos de Auteuil continúan mandándole sus intenciones, sus súplicas y agradecimiento, todo cuanto les angustia y preocupa...

El bloque de las miserias humanas se junta aquí al bloque de las miserias de estos niños, y el conjunto es lanzado en el corazón de nuestra Santa protectora quien acoge, consuela, cura y, atendiendo las oraciones de nuestros jóvenes, hace caer rosas sobre cuantos vienen en su ayuda».

El Padre Brottier llegó al punto de mandar pegar carteles de Santa Teresa en el metropolitano.

Le dicen: «¿No le parece inoportuno ver pegados en la misma pared del metro las efigies de Santa Teresa y de esta actriz o de aquella vedette en voga?».

«¿Será preciso deducir» —responde— «que los muros del metro están definitivamente destinados a anuncios de café-concierto, de teatro o de marcas de aperitivos? Entre dos o tres millones de usuarios diarios del metro ¿no habrá, por ventura, ningún católico, ninguna mujer piadosa, ningún amigo de Santa Teresa?... ¿Por qué los católicos habrían de estar impedidos de utilizar la publicidad?».

Se decía que poseía un secreto para obtenerlo todo de Santa Teresa. Responde con convicción:

«Que divertida es esta buena gente que viene a informarse de mi “secreto” y decir que me basta pedir a Santa Teresa cuanto quiero para alcanzarlo.

Mi secreto es éste: ayúdate que el cielo te ayudará. Mi secreto, y vosotros sois testigos de eso, fueron doce años de trabajo diario, día y noche, de trabajo obstinado y perseverante, y también doce años de oraciones obstinadas y perseverantes, de todos aquellos con que Auteuil cuenta —sacerdotes, religiosas, jóvenes y «Commodards».

No conozco otro secreto.

Si Dios hace milagros aquí por intercesión de la Hermana Teresa, creo poder decir, con toda justicia, que, humanamente hablando, lo hicimos todo para ser dignos de ellos; fueron la

recompensa divina de nuestro trabajo, de nuestras oraciones y de nuestra confianza en la Providencia».

Pero, su intimidad con Teresa no se quedaba sólo a nivel del servicio social. El mismo espíritu de humildad, de entrega, de confianza y de celo, lo vivieron ambos en convivencia: «en el corazón de la Iglesia, mi madre, seré el Amor», dijo ella.

En un librito titulado «Retiro con Santa Teresa del Niño Jesús» y varias veces reeditado por las ediciones de los Anales de Lisieux, el Padre Liagre, C.S.Sp., establece un largo paralelo entre la doctrina espiritual del Padre Libermann y de Santa Teresa del Niño Jesús, en el capítulo de los dones del Espíritu Santo. Termina con estas palabras del Venerable Libermann: «Sólo hay verdadera grandeza en esta vida de amor divino». (L.S. II,230).

Teresa dirá, al morir: «La única cosa que cuenta es el Amor». El Padre Liagre concluye: «El Espíritu Santo nos conduce así al punto en que «ya no somos nosotros quien vive, sino Nuestro Señor quien vive y actúa en nuestra alma con su dulzura, paz, fuerza y amor». (L.S. II, 230).

En el altar del sacrificio

«Sed como una pobre víctima ofrecida por Jesucristo a su Padre, para la salvación de las almas» (L.S. IV, 687).

El 2 de Febrero de 1936, debía efectuarse en Dakar la consagración de la Catedral-Monumento (Souvenir Africain), su catedral. Fue en ese día que sintió los primeros accesos del mal que le iría a inmolarse, la fiebre tifoidea. «Caí en el día del “Nunc dimitis” —decía él— en breve iré a cantar, en el Cielo, las eternas alabanzas de Dios». Según el parecer del médico, debe haber sufrido una infección tifoidea de tipo desconocido, alrededor de los trece años, y conservado restos tóxicos, que le causaron grandes dolores de cabeza durante toda la vida. La fiebre tifoidea terminal no habrá sido sino una reactivación de los elementos mórbidos, lo que explica el redoblar de las cefaleas. «¡Cómo sufro! Sin interrupción, de todos lados, no sé para donde volverme... Creo que Dios quiere indicarme con eso que mi tarea está terminada y que ya no estaré mucho tiempo más entre vosotros. ¡Fiat! ¡Hágase Tu voluntad!

jal final, Tu no necesitas a nadie! ¡Sí, Dios mio, hágase Tu voluntad!».

Fue preciso llevarlo al hospital a causa del peligro de contagio. «Es la última vez que veo mi capilla», dijo.

«Hice todo cuanto pude. Dios hará el resto». Paul Claudel atribuye a S. Francisco Javier, al morir en Japón, frente a China donde no podía entrar, palabras semejantes: «No hice todo cuanto quise. Hice todo lo que pude».

Murió la noche del 28 de Febrero, sin nadie al lado. No, con María, como lo indica esta oración compuesta por él y encontrada en su breviario, al dorso de una estampa de la Virgen:

«En la hora de mi muerte, oh María, a quien tantas veces habré invocado, está presente junto a mi lecho. Está allá, como estaría mi madre, si viviera. Tal vez mi lengua paralizada ya no pueda pronunciar tu nombre, mi corazón, sin embargo, siempre ha de repetirlo. Te llamo ahora para este terrible momento. ¿Estaré solito, sin una mano amiga que me cierre los ojos?... Poco importa. Moriré sonriendo porque Tu estás presente. ¡Así lo espero, así lo creo, estoy seguro de esto!».

Sabemos lo que aconteció enseguida: una humilde amiga de Auteuil es curada la mañana del día 29, después de haber invocado al Padre Brottier cuya muerte supiera por la radio... y tantos otros más tarde, y el desfile ininterrumpido de cerca de quince mil personas, delante de su ataúd..., y de tantos otros, junto a su túmulo, después del funeral, ¡hasta hoy! «El cristiano, pero sobre todo el santo, no nos deja jamás completamente». (Cardenal Verdier, en la oración fúnebre).

Algunas horas después de su muerte, el Padre Pichon, su sucesor interino, se dirigió a la calle Lhomond. El Hermano portero le entrega descuidadamente un sobre destinado al Padre Brottier, llegado hacía tres días. Conteníá ochenta y cuatro billetes de mil francos y una hojita anónima con estas frases: «Para los huérfanos de Auteuil, de parte de Santa Teresa del Niño Jesús». En este momento crítico Teresa quiso mostrar —¡delicadeza admirable!— que continuaba en el Cielo su maternal influencia como antes, pero ahora con él. Así es todavía hoy.

Santiago Laval y Daniel Brottier

«Sed santos, como Jesús es santo: es el único medio de rescatar y santificar las almas». (N.D. XIII, 144).

Santiago Laval y Daniel Brottier, dos espiritanos de carácter diferente, entregados ambos a ministerios muy diversos, se asemejan profundamente en la andadura de la santidad. Apóstoles de gran celo, hombres de acción de excepcional envergadura, devorados por un inmenso amor a los hombres, y no menos por un inmenso amor a Dios, que fecunda al primero, consiguen integrar en una unidad y sencillez maravillosas el proyecto de amor de Dios sobre ellos, y el proyecto del amor de Dios a través de ellos, sobre tantos otros, y continúan, después de la muerte, su apostolado junto de los más abandonados... Señales vivas, por las que el Señor, para alegría de todos nosotros, señala nuestro camino.

ALPHONSE GILBERT, C.S.Sp.

Nota: Todas las citas sin referencia son extraídas del proceso para la causa de la beatificación, existente en nuestros archivos del Centro de Investigación y Animación, en Roma.

Los textos en cursiva (N.D. —Notes et Documents); L.S. Lettres Spirituelles son del Padre Libermann; los textos en negra son del Padre Brottier elegidos de forma dispersa en las obras o revistas, indicadas al final de este libro.



Capilla de Santa Teresita del Niño Jesús, en Auteuil, edificada por el Padre Brottier: un voto de gratitud y una presencia protectora del Cielo para sus huérfanos.

5
«LA GRACIA SE DERRAMO
EN TUS LABIOS...»
(Salmo 45)

El Padre Brottier era un hombre excepcionalmente dotado. Brillaban en él excepcionales cualidades naturales y sobrenaturales. Unía el chiste con la seriedad, la humildad con el ansia de triunfo, la bondad con la energía, la sencillez con el valor, la pobreza personal con la posesión de millones, la acogida sencilla de los pobres con la hidalguía de los sentimientos y modales. Totalmente consagrado al servicio de los demás, no regateaba el sueño y el reposo al que tenía derecho. Fuese en la Misión del Senegal o en el frente de combate, fuese en el descubrimiento de proyectos e iniciativas para promover la Obra de Auteuil o en sus consecuentes realizaciones, el Padre Brottier vivía para los demás. Cuántos sacerdotes, después de conversar con él, decían: «Nuestro Señor no debe de haber sido diferente, debía de tener la misma sencillez, la misma acogida, la misma afabilidad con hombres y mujeres».

Todas estas cualidades y virtudes se revelan en el ramillete de casos históricos aquí recogidos. Cuadros que la existencia pintó y enmarcó, en los que nos es dado contemplar la andadura del niño, del joven, del misionero, del combatiente, del padre de los huérfanos, que todo lo fue el Padre Brottier.

No nos engañemos, sin embargo. El dinamismo pujante de su vida irrumpe de lo más íntimo de su persona, de su constante comunión con Dios, cuya voluntad procura conocer y realizar. Ahí reside el secreto de la fecundidad de su existencia, al servicio del prójimo.

Sigámoslo alegremente hacia la cima.

Primeros tiempos

El hecho ya fue señalado.

Tenía entonces cinco años. En una tarde calma, la madre le preguntó:

—Y tú, Daniel, ¿qué serás cuando seas mayor?

—Yo seré Papa —fue la respuesta.

La madre le hace ver que para ser Papa es preciso primero ser sacerdote. No se sube a la cima, sin trepar por las cuestas.

—Entonces, seré sacerdote.

En el regazo de la madre, aprendió a amar a Dios y a la Virgen, de todo corazón. Viendo que Gaston, su hermano mayor, ayudaba en el altar, también él quiere desempeñar allá su papel. Y el chiquillo, por benevolencia del Párroco, viste la sotana y el roquete y allá va alegre y bullicioso, a dar vueltas en torno del altar. Principios esperanzadores.

*

Un día, él y Gaston armaron un columpio. ¡Qué placer subir y bajar, volar!... pero Daniel se escurre y se agarra con tan mala suerte que se aplasta un dedo. Gaston, al ver el sufrimiento del pequeñuelo, prorrumpe en llanto convulsivo. Los padres no consiguen consolarlo. Entonces Daniel, dominando el sufrimiento, le dice con extrema sencillez y decisión:

—No llores. Mira, es la mano izquierda, eso no me va a impedir de trabajar, cuando sea mayor.

Tenía entonces cinco o seis años. ¿No se revelan ya, en este hecho, valentía y capacidad de resistencia al sufrimiento?

En Octubre de 1893, entra en el Seminario Diocesano de Blois. Eran 14. Deciden organizar una cadena de oración —diaria, semanal— de modo que todos los días o semanas haya uno, dos, que recen y comulguen por la perseverancia de los otros. Resultado: todos ellos, sin una deserción, suben al altar al final de los años de formación. Era entonces el 22 de Octubre de 1899.

Es nombrado profesor del Colegio libre de Pontlevoy. Se da de alma y corazón al servicio de los jóvenes. Es el primer entrenamiento

para el desempeño, más tarde, de tareas semejantes, con otro material humano, bien diferente, en Auteuil.

El Obispo intenta nombrarlo párroco. Rehusa. No, él quiere un campo más vasto. Morir loco en una feligresía de 300 habitantes no cuadra con el genio de Daniel. Se lo dice al Obispo y pide la admisión en la Congregación del Espíritu Santo. La familia intenta disuadirle, pero acaba por estar de acuerdo: «¡Que se haga la voluntad de Dios!».

En la misión del Senegal

Senegal. Coadjutor en la parroquia de San Luis.

Al llegar a S. Luis, le piden para hacer la homilía dominical. El P.E. Le Floch, coadjutor como él, le recomienda que se prepare bien.

—¡S. Luis no es la selva! No falta gente muy culta en el auditorio.

Un ensayo siempre es una seguridad. Vamos a él. El Padre Brottier, muy serio empieza: hace gestos desmañados e incorrectos, se equivoca, enrojece, pierde el hilo. El ensayador, receloso, comenta:

—Querido amigo, no sé como va a salir Vd. En todo caso, es preciso echarse al agua para aprender a nadar.

Domingo. El Padre Brottier sube al púlpito, mientras su cofrade, angustiado por un posible desastre, echa mano del rosario, pensando para sí «¡Dios mío! ¿Qué pasará?».

Al cabo de algunos instantes, la angustia se desvanece. Sonríe. ¡El Padre Brottier habla admirablemente, con toda seguridad!

*

Dejando de lado el caso del P. Tranquilli, a quien hizo comer gato por conejo, contemos lo que pasó con el hermano Estanislao, de la misión de Ngazobil. Recibió una bicicleta de Francia y quiso enseñar al Padre Brottier... Este acepta. Durante tres cuartos de hora, corre detrás de la bicicleta, empuja, suda, aconseja. De repente, el alumno se escapa... Ansioso, el Hermano espera... El padre Brottier pedalea con seguridad. Al fin de media hora de paseo está de vuelta.

—Entonces ¿Vd. sabe ir en bicicleta?

—Sin duda, Hermano. Era el ciclista del coronel del regimiento. Al Padre Brottier le gustaba reír.

*

Humildad, olvido de sí mismo, delicadeza con los demás.

En el principio del Verano de 1911, sufre un accidente, que podría haber sido fatal. El caballo que guía coge el freno con los dientes y emprende una loca carrera, acabando, finalmente, por caerse. El Padre Brottier es lanzado. Se agarra fuertemente a las riendas y, después del primer choque con el dorso del caballo, cae sobre el camino. Se hiere en una pierna y se raja la cabeza. De vuelta a la misión, se hace curar y vendar y encima de la cabeza se pone una especie de gorro griego, y se presenta así en la capilla y en el comedor. Por nada de este mundo quiere quedarse en su cuarto, pues Mons. Jalabert, que sufría del corazón, estaba allí de paso... y si supiese el caso, podrían haber dos enfermos, en lugar de uno.

Durante la comida, rieron la extravagancia. En un determinado momento, sin embargo, un hilo de sangre comenzó a correrle sobre los ojos.

—Padre Brottier, ¿qué tiene? —pregunta su compañero.

El Padre Brottier se pone el dedo sobre los labios y pide silencio. Mons. Jalabert, a su izquierda, no se percibe de nada.

Por la mañana pronto, la Hermana enfermera se presenta en la comunidad. La primera persona que encuentra es a Mons. Jalabert, que va a celebrar misa.

—Sr. Obispo ¿cómo sigue el Padre Brottier?

—¿El Padre Brottier? Está bien, que yo sepa. ¿Por qué esa pregunta?

—¿Cómo es posible, Sr. Obispo, después del accidente que sufrió ayer?

—¡La hermana está soñando! ¿Un accidente? Ayer estuvo con todos en la comida y no había nada anormal, que yo sepa.

—Pero, entonces, Sr. Obispo ¿no se lo contó?

Fue entonces que la religiosa contó que, durante una hora, el día anterior, estuvo junto al Padre Brottier, armada de tijeras y pinzas,

sacándole de las heridas de la cabeza granos de arena y pedazos de conchas escondidos. Por delicadeza filial el Padre Brottier se calló e impuso silencio a los otros.

Catedral-Monumento

En 1911, por falta de salud, deja el Senegal para no volver más. Mons. Jalabert le encarga la construcción de la Catedral-Monumento de Dakar, en memoria de todos aquellos que, en las colonias, cayeron al servicio de los africanos.

Al fin de algunas semanas de propaganda, el Padre Brottier entra en la casa de los Espiritanos, en la calle Lhomond, contentísimo con los primeros resultados de sus esfuerzos.

—¡Ven Vdes. —dice a los compañeros— veinte billetes de mil en tan poco tiempo! ¡Buen augurio! Creo que la iniciativa empieza bien y agrada al pueblo francés.

—¿Y va Vd. a mandar inmediatamente esa pequeña fortuna a Mons. Jalabert, Padre Brottier? —le dice un interlocutor.

El Padre Brottier le mira con espanto:

—¿Mandar esto a Mons. Jalabert?... ¿Qué va a hacer con veinte mil francos?

—¿Entonces?...

—¡Voy a emplearlos enteramente en la publicidad. Mañana me presentaré a mi impresor y le encargaré, por veinte mil francos, circulares, cartas, prospectos, tarjetas para taladrar, toda especie de papeles, capaces de ayudarme en mi propaganda!

—¡Pero esto es despilfarrar el dinero! Vd. se va a arruinar y arruinará la Catedral-Monumento. ¡Nunca se vio tal cosa!

Indudablemente, nunca estos buenos misioneros habían visto cosa semejante. Algunos se escandalizaron y lo denunciaron a Mons. Jalabert. Felizmente, éste confiaba en el Padre Brottier. Con métodos fuera de lo común, durante veinticinco años, consiguió juntar veinte millones de francos.

¿Métodos que salían de lo común? Pero, no sólo eso. El triunfo del Padre Brottier, siempre y en todas partes, fue el resultado de un trabajo persistente, de dedicación sin límites a cada momento. Confesaba:

—Mi método —le gustaba repetir— me viene de una confidencia de Mons. Auguard, célebre Obispo del Congo Francés. En 1911, cuando

supo que yo estaba encargado de las suscripciones para la Catedral de Dakar, un día me llamó aparte, y me confió: «Querido Padre, crea en mi vieja experiencia: si quiere Vd. asegurar sus bienhechores, suscriptores, donantes y hacer de ellos amigos, no olvide nunca: 1.º agradecerles inmediatamente, aunque sea con una postal; 2.º mandarles un pequeño regalo, como expresión de reconocimiento por su donativo: una estampa, una medalla, un objeto colonial, sea lo que sea, puede estar seguro del buen éxito.» Adopté inmediatamente los consejos de Mons. Auguard y los puse en práctica. Después de veinte años de experiencia, me place verificar que eran de una solemne oportunidad.

Desde agosto de 1914 a Mayo de 1919, el Padre Brottier interrumpe la campaña a favor del Memorial Africano para vivir la Gran Guerra, con los soldados en las primeras líneas. Terminada la guerra, regresa a la misma actividad, con redoblada energía. El 11 de Noviembre de 1922 se coloca la primera piedra. Mons. Jalabert no puede estar presente. Fue engullido por el mar, el día 12 de Enero de 1922, en el naufragio del Afrique.

El día 2 de Febrero de 1936, la Catedral fue consagrada solemnemente por el Cardenal Verdier, en calidad de Legado del Papa. El Padre Brottier no está presente. Este mismo día, tiene los primeros accesos de su dolencia, que lo inmolará el 28 del mismo mes. ¡Insondables designios de la Providencia!

En la guerra de 1914-1918

Estalla la guerra del 1914. El Padre Brottier tiene un elevado culto del deber. Licenciado desde 1907, no tiene ninguna obligación de ir a la guerra al frente de combate.

Al principio de las hostilidades, se encuentra con el Padre Trilles, antiguo misionero de Gabón, libre, como él, del servicio militar. Después de cinco minutos de conversación, deciden:

—Entonces, ¿nos alistamos en el ejército?

—Sí, alistémonos.

Y fueron a ofrecer sus servicios a Albert de Mun, que acababa de fundar un cuerpo de Capellanes voluntarios. Entonces era el 23 de Agosto de 1914. El 26 del mismo mes el Padre Brottier parte y va a unirse a la 26.ª División.

Imposible seguirlo durante los años de la Guerra, en los Vosgos, en

el Soma (Agosto-Octubre 1914), en Flandes (Noviembre y Diciembre 1914), en el Soma de nuevo (Diciembre 1914-Enero 1916) y finalmente en Verdun (Marzo 1916). Constantemente en las primeras líneas, bajo el fuego del enemigo, viviendo la vida dura de los soldados, enterrado en el fango o en las trincheras, azotado por vientos glaciales, a veces a temperaturas negativas, viendo caer enfrente o a su lado a los hombres que momentos antes preparó para la muerte, el Padre Brottier es un milagro continuo, protegido por el escudo protector de las alas de un Ángel invisible. Porque, téngase en cuenta esto, el Padre Brottier, en cuatro años de guerra en las primeras líneas, no sufrió ni una herida.

Su dedicación le mereció el elogio de «capellán legendario», en una de las muchas citas de alabanza con que fue distinguido. Por eso él se imponía, en momentos decisivos, a soldados y oficiales.

*

Sabiendo que el batallón 121 recibiera orden de atacar, se presentó en el refugio del comandante, para acompañar a los soldados al ataque. Encontró a los oficiales agobiados y mudos.

—¡Ustedes hoy no parecen estar bien dispuestos!

Los oficiales no responden...

—Pero ¿qué hay? —insiste el capellán— ¿qué pasa?

—Capellán —dice el Comandante— Vd. nos conoce. Recibimos órdenes de atacar a las cinco de la mañana. Ahora bien, los elementos de defensa de las trincheras enemigas están intactos. No hubo preparación por la artillería. Las ametralladoras enemigas nos acechan. Mañana por la mañana vamos a quedar todos sobre el terreno.

—¡Es eso posible! Explíqueme eso —dice el Capellán.

Uno de los oficiales le propone:

—Acompañeme y venga a verificar la verdad.

Fueron hasta las primeras líneas; las defensas alemanas estaban intactas. Volvieron al comando.

—Vd. no puede atacar en estas condiciones; será criminal mandar a los hombres hacia la muerte.

—¿Qué puedo hacer? La orden está ahí. Tengo que ejecutarla.

El Padre Brottier piensa un instante y decide allí mismo ir a hablar

con el Estado Mayor de la División, que quedaba a unos kilómetros, a la retaguardia. Parte.

Explica al Comandante de la División lo que acaba de oír y ver. Le demuestra la imposibilidad del buen éxito de semejante ataque. Hubo incluso un vivo altercado, contará más tarde el Padre Brottier. Hasta que desafió al Comandante:

—En ese caso, ya que Vd. manda hacia la muerte a estos hombres, vaya al frente de ellos y yo iré con Vd. Seremos los primeros en morir. Así nadie tendrá nada que decir.

Delante de esta intervención enérgica, el comandante decide verificar personalmente la situación. Acompaña al Padre Brottier a las primeras líneas y, de regreso, da orden de retirada.

La dedicación y valentía del Padre Brottier salvan, esta vez, el batallón.

*

Aconteció en los primeros días de Septiembre de 1916, en el ataque a la «Floresta Triangular» (Bois Triangulaire) por el 10.º Cuerpo del Ejército, del que hacía parte el batallón 121. Viendo que una compañía había perdido los oficiales, muertos o heridos, y vacilaba en el ataque, pudiendo comprometer la victoria, el Padre Brottier toma el mando de las operaciones: reúne a los oficiales inferiores, señala a cada uno su tarea y lanza de nuevo a los hombres a la batalla.

Caso singular. El Padre Brottier era objeto de admiración y estima, a excepción de un comandante, por su dedicación y valor, en recoger los heridos caídos entre las líneas de fuego, curarlos y llevarlos en sus espaldas para la retaguardia. En la salida del 4 de Septiembre de 1916, después del ataque a la Floresta Triangular, ese tal va a encontrarse con él y le dice:

—Capellán, nunca tuve gran simpatía por los hombres de sotana. Nutría contra ellos muchos prejuicios. Vd. lo notó ciertamente. Su valentía y coraje en este ataque me obligan a decirle que, de aquí en adelante, Vd. tiene toda mi estima y admiración. Venga a comer a mi cantina, cuando quiera, allí tendrá siempre un lugar reservado. Considéreme como uno de sus amigos. Pídame lo que quiera.

Era así como el Padre Brottier atraía a las personas —por sus actos.

*

21 de Agosto de 1917. Verdun.

Un oficial francés cae herido en las líneas de fuego, donde las ametralladoras alemanas tienen campo libre. Pisar la tierra de nadie es exponerse a la muerte. El Padre Brottier quiere salvar al herido, a toda costa. Con una tranquila intrepidez —«con una sublime ingenuidad», dirán los experimentados de guerra— el capellán enarbola una bandera de la Cruz Roja en una vara larga y, acompañado de dos camilleros, avanza a descubierto a por el herido, lo venda, lo carga en una camilla y regresa a la línea de fuego. Durante todo este tiempo, las ametralladoras se callaron; ni un sólo tiro alemán. Los soldados franceses se quedan aturdidos con la audacia del capellán y el silencio respetuoso del enemigo. ¡Era un verdadero milagro!

*

«Capellán Daniel Brottier. Alma magnífica en que se alían armoniosamente el ardor del soldado y la dedicación del sacerdote. Legendario en el regimiento cuyas horas difíciles comparte... Durante los ataques... recorría la línea para recoger, vendar y socorrer a los heridos, yendo a buscarlos a los puestos de avanzada, bajo el fuego intenso de las ametralladoras... Ejerce sobre los combatientes, que sostiene moralmente en las horas difíciles, la más dichosa influencia, por los ánimos que da y por su ejemplo.» (Orden del Ejército de 4.XII.1918.)

Tres palmas, tres estrellas —joyas preciosas que el Padre Brottier ostenta en su sotana como recuerdo de guerra.

Al servicio de los huérfanos (1923-1936)

El Padre Brottier quedará a la cabeza de la Obra de los Aprendices de Auteuil de 1923 a 1936, año de su muerte. Si hasta allí, fue milagrosamente defendido, ahora su vida va a ser de «milagros» continuos.

El Padre Brottier tomó conciencia de que su incolumidad durante la Guerra fue una protección divina especial. No la sabía explicar.

Un día, conversando con Mons. Jalabert, en casa del General Mangin, en Maience, el Padre Brottier confesaba:

—Pasé por todos los peligros, vi la muerte de cerca en millares de circunstancias, vi caer a mi alrededor centenas de camaradas; salí siempre de todo esto, milagrosamente, sin una herida... Confieso, Mons. Jalabert, que no sé explicar esta protección extraordinaria.

—Mi querido Padre —respondió Mons. Jalabert— le voy a decir el secreto. —Sacando de su breviario una estampa de Santa Teresa del Niño Jesús, el Obispo le mostró el retrato de él pegado a la estampa de la Carmelita de Lisieux:— Aquí tiene una estampa en la que puse su fotografía, cuando supe que Vd. estaba en el frente de batalla. ¡Y mire! debajo de la fotografía escribí «Hermana Teresita guárdame al Padre Brottier». Vd. lo ve bien, y ésta es mi convicción absoluta: fue ella que lo guardó, fue ella que garantizó el milagro permanente de su protección.

—Pues bien, Mons. Jalabert —replicó el Padre Brottier— para agradecerle sus cuidados, prometo construirle una capilla, cuando sea bienaventurada.

De aquí nació la idea de construir, en Auteuil, la capilla de Santa Teresa del Niño Jesús. Se estableció una tal complicidad entre ambos, que se puede decir que la vida del Padre Brottier estuvo sembrada de milagros.

*

Hechos sobrenaturales. He aquí el primero.

Faltaba un cuarto de hora para las 4 de la tarde. El Padre Brottier atravesaba el patio en dirección a un taxi que lo esperaba. Tenía una audiencia con el Cardenal Dubois a las 4. Iba a pedirle permiso para construir la capilla a Santa Teresa del Niño Jesús. Una señora viene a su encuentro y le llama:

—Padre, un instante. Tengo algo muy importante que decirle.

—Disculpe, señora, pero voy con prisa. Tengo una audiencia marcada con el Cardenal, a las 4. El taxi está esperándome.

—Padre, no es largo. El Cardenal que espere, si quiere. ¿Se acuerda de las oraciones que le vine a pedir, la semana pasada, por un pequeño gravemente enfermo, en estado desesperado?

—Sí, señora, recuerdo... ¿Y pues?

—La Bienaventurada Teresa nos escuchó. Está curado. Se ha salvado. Para agradecer este milagro, le traigo algo para sus Huérfanos.

—Dígame, señora, ¿qué contiene este sobre? Espero una respuesta de Teresita acerca de la capilla que intento construirle. Le pedí que me mandase, como señal, una determinada suma de dinero. El plazo termina a las 4. Me faltaban 9.000 francos.

—Padre, esté tranquilo: en este sobre hay 10.000 francos.

*

En 1924-25, hasta que la mayor parte de la Capilla de Santa Teresa del Niño Jesús no fue construida, el Padre Brottier recibe diariamente un billete de mil francos.

Un día, a las nueve de la tarde, paseaba con el Padre Brottier (cuenta el Padre Y. Pichon), cuando me dijo:

—Hoy todavía no recibí mi billete de mil francos. Ves a ver la Caja de las limosnas de la Capilla. Tal vez esté allí.

Y efectivamente estaba.

Otra vez (Junio de 1925), también hacia las nueve de la tarde, me decía: —Hoy todavía no recibí el billete de mil francos, pero vas a ver como llega.

En esto, se acerca una señora, pide oraciones por su padre gravemente enfermo y entrega un sobre. Contiene un billete de mil francos.

Como éstos, muchos otros casos...

*

1924. Se presentan, en Auteuil, el padre, la madre y una hija de 14 años. Los tres lloran. Después de unos momentos, el padre cuenta la historia.

—Hace ocho días, nuestra hija se estaba acabando, abandonada por los médicos. Hacía dos semanas que se declarara una meningitis. Pedimos oraciones y misas al Carmelo de Lisieux, sin resultado.

Desesperados, nos volvimos hacia los Huérfanos de Auteuil. El Padre Brottier mandó empezar una novena. Todavía no se terminó y ya nuestra hija, aquí presente, está curada.

—¿Cómo aconteció esto?

—Hace tres días, dos médicos vieron a la pequeña. Fue por la tarde. Estaba en coma. Se alimentaba artificialmente. Cuando salieron, los médicos me comunicaron que un fatal desenlace era inminente, que no llegaría al día siguiente.

Imagine bien mi angustia. Hablé con mi mujer y continuamos rezando con insistencia a Teresita, sabedores de que los Huérfanos rezaban con nosotros. Entonces, durante la noche, el estado de la pequeña mejoró: las mejillas readquirieron el color, la respiración se reguló y parecía dormir de sueño natural. Por la mañana, a las 7, se despertó, nos miró, y dijo:

—Estoy curada. Esta noche, cuando dormía, vi a Teresita; me puso la mano en la cabeza, y me dijo: «Mañana por la mañana, vas a levantarte, pedirás la ropa a mamá, y tomarás el desayuno. Quiero que salgas de la cama».

A las 11, dos médicos llamaron a la puerta. Fue ella a abrirla. Quedaron estupefactos. La examinaron minuciosamente, y dijeron que no precisaba volver a la cama, pues no tenía fiebre, ni dolores, ni vestigios de enfermedad.

Como expresión de agradecimiento, dejaron 15.000 francos para la construcción de la Capilla.

1932. Nostálgico de sus días de Senegal y ansioso de hacer compartir el ideal misionero a los niños, el Padre Brottier sueña con una revista misionera para ellos.

—Creo que llegó el momento de lanzar nuestra revista. Todo lo que se publica sobre las misiones para niños, a mi entender, no tiene presentación ni encanto. Mire a la mayor parte de ellas... Vamos a intentar hacer algo mejor. Empezaremos en 1933. Haga el plano del primer número: artículos para niños, emocionantes, pintorescos, comprensibles.

—¿Y por qué no, también, una novela misionera?

—¿Por qué una novela?

—Para tener una historia apasionante, que termine: «Sigue en el próximo número.» Así no compran sólo un número, sino que esperarán el siguiente, ansiosamente.

—Tiene razón. ¿Pero, donde vamos a descubrir la novela para

publicar dentro de un mes?

—Voy a buscarla. Si no la encuentro, la hago.

El diálogo se sostenía en Diciembre de 1932. A la salida del despacho, tropiezo (cuenta el P. Y. Pichon) con uno de mis amigos de la infancia, venido casualmente a París.

—¿Qué haces por aquí? le pregunto.

—Vengo a verte y al Padre Brottier —me responde—. Imagínate: mi mujer escribió una bonita novela misionera y ya la ofrecí a varios Editores y revistas para niños y nadie la acepta. Fue entonces que me dije: tal vez el Padre Brottier la quiera. Vengo a ofrecérsela.

Abro la puerta del despacho del Padre Brottier, le presento a mi amigo, y le cuento lo que acaba de decirme:

—Pues bien, nos dice, aquí está la prueba evidente de que Dios quiere la Revista. El la bendice y anima. Vamos hacia adelante. Es Su voluntad.

*

Milagros en la capilla de Auteuil. ¡Cuántos!...

He aquí uno de ellos, en Julio de 1930.

Una joven, de 20 años, entró en la maternidad de Belleville, el 11 de Julio. Al día siguiente daba a luz a un niño. A partir del día 16, la fiebre de la parturienta sube a 39,5°. No tiene dolores. Oscila, después, entre 39,6° y 41°. El médico intenta un remedio enérgico contra la infección... No resulta. Por la tarde, la fiebre está a 41°. Los riñones no funcionan. El pulso se debilita. Decidimos, en un supremo recurso, volvernos hacia Santa Teresa, de quien la paciente llevaba una reliquia hacia algunos días... A las once llegábamos a la calle La Fontaine. Encendíamos una vela y rezamos confiantes a Santa Teresita. Al mediodía salimos y volvimos a la maternidad.

Fue entonces que la enfermera de servicio contó: a las 11,30 intentara sondear de nuevo los riñones de la paciente. Imposible. Las pulsaciones no podían contarse. No queriendo abandonar a la paciente, baja a almorzar rápidamente. Al mediodía la paciente llama a la enfermera. Dice que le parece que los riñones se descongestionan. Las pulsaciones están a 90. El termómetro acusa 37,2°.

Dos horas después, llega el médico. Teme que el corazón de la

paciente no aguante un choque tan violento. Después de examinarla, confiesa que no entiende lo que pasa y reserva su parecer. La mejoría continúa y el día 6 de Agosto la paciente vuelve a casa enteramente curada.

Al Padre Brottier le gustaba contar esta curación obtenida en su capilla.

*

La vida del Padre Brottier era una lucha diaria contra la miseria. Difícil de imaginar.

Ahí tenemos a una vieja Superiora de S. Viente de Paul, venida de uno de los barrios populosos de París.

—Le traigo un caso grave: un niño de trece años, sin padre ni madre, sin familia, sin nadie. Me lo trajeron ayer del preventorio. Allí no le quieren. En casa sólo hay niñas. No puedo tenerlo. Se lo traigo.

—Pero, Hermana, tengo centenas de pedidos esperando. Es preciso inscribirse para entrar. Esperar...

—Ya lo sé, pero esta vez es un caso especial. Tiene de aceptar al pequeño. El Padre Brottier se calla. ¿Qué va a hacer? Piensa consigo mismo:

—Un niño, salvado o perdido, según la decisión que tome. Se vuelve interiormente hacia Santa Teresita, cuya imagen está enfrente de él: «Teresita, tu sabes la dificultad que tenemos ya en alimentar a todos los otros. ¡Y falta sitio! y los colaboradores se sienten agobiados... y las deudas de fin de año... ¡Aconséjame!».

La religiosa vuelve al ataque:

—Vd. verá que Santa Teresita no le va a dejar en dificultades... Entonces ¿va a decirme que sí? —Y se levanta.

El Padre confesó más tarde:

—Estaba vencido. «Sí, respondí. Interiormente, estaba convencido de que nuestra Santa Protectora tranquilizaría mis angustias y me daría a comprender que aprobaba mi imprudencia.

Al día siguiente, el Padre Brottier recibía una carta: «Dentro de este sobre, encontrará un cheque de 12.000 francos para la fundación de una cama en la Obra de los Huérfanos Aprendices de Auteuil, que Vd. dirige». «Era la respuesta de Teresita», concluía el Padre Brottier.

*

Una religiosa presenta al Padre Brottier un niño, sin recursos, sin familia, sin ningún apoyo...

—No hay sitio —responde contrariado—. No hay una sola plaza antes de tres meses.

La religiosa no lo acepta. Se vuelve agresiva:

—¡Muy bien! ¿adonde quiere que meta al niño? ¿Que lo deje en la calle? ¿Que le meta en una casa de corrección? ¿Vd. se da cuenta de la crueldad de la respuesta? Solicita sin cesar la caridad del público, pide dinero por todas partes y lo recibe de todos lados... Y cuando le traen un niño, lo rechaza. ¡No está bien! No es justo.

El Padre Brottier baja la cabeza a todo este alubión de censuras.

—¡No lo dejo! No me voy de aquí, mientras no me de un sí. Decídase pues, prontamente.

Después de un momento de reflexión, el Padre Brottier anticipa:

—Hermana, Vd. sabe lo que dice el proverbio: «¡Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere!» Sea hecha la voluntad de Dios. Acepto a su protegido. Como penitencia, irá a rezar a la capilla tres Ave-Marias a Teresita por el pobre Director de Auteuil...

Y la religiosa, antes de salir, responde triunfante:

—¡De buen grado! Teresita va a oirme con certeza, pues es por Vd.: ella no le niega nada. Si fuera por mí, no conseguiría nada. Pero, puesto que es por Vd...., estoy segura de ser oída.

La religiosa sale.

Después de ella, entra inmediatamente en el despacho un caballero. Se sienta, saca un sobre y se lo extiende al sacerdote:

—Aquí tiene 12.000 francos —dice— para la pensión de un Huérfano. Dejo la elección del niño a Vd.

—Está encontrado —responde el Padre Brottier—. Estaba en la antecámara hace diez minutos, esperándolo. Es Teresita quien lo manda.

*

No faltaban altas personalidades que calificaban de imprudencia y temeridad el progreso de la Obra. Lo aconsejamos con frecuencia a ser comedido.

Un día recibió en Auteuil al Cardenal Dubois.

—Querido Padre Brottier. ¿Vd. no irá demasiado deprisa?

—¿Qué quiere decir con eso, Eminencia?

—Esto. Dicen que Vd. empeña grandes capitales en las construcciones... Hablan incluso de cinco millones...

—Eminencia, para ser exacto, añada a este número una o dos unidades más...

—Pero, ¡qué temeridad, Padre Brottier!... ¿Cómo va Vd. a salir de esto?

—La Providencia de los Huérfanos está ahí, Eminencia. Y después está Teresita...

—Eso sí, lo sé, esos números dan miedo. Además, temo que su bondad lo lleve demasiado lejos: me dicen que Vd. recibe Huérfanos, sin cuenta, a puertas abiertas... ¿Ya pensó en el futuro?

—No ceso de pensar en él, Eminencia. ¿Cómo quiere Vd. que yo tenga el valor de rechazar a esas pobres criaturas, de arrojarlas a la calle?...

—Es preciso, Padre Brottier; a veces es preciso. Infelizmente, es preciso que la razón controle los impulsos del corazón. Es una tarea ingrata la mía, pero debo recomendarle prudencia.

En este punto de la conversación, llaman a la puerta. Es una pobre mujer con un mozuelo de trece años.

—¿Qué desea, señora? —preguntó el Padre Brottier, con su dulzura habitual.

—Padre, soy viuda, pobre y enferma. Tengo que entrar próximamente en el hospital y no sé si saldré de allí... Por eso, vengo a pedirle que se haga cargo de mi hijo. No tengo a nadie, Padre.

El Padre Brottier no dice ni una palabra.

La pobre mujer, inquieta y confusa, se vuelve bien hacia el Padre Brottier, bien hacia el viejo sacerdote que está allí sentado y los mira en silencio.

Finalmente, el Padre Brottier se decide:

—Señora, no soy yo quien va a decidir el destino de su hijo. Vd. tiene suerte: Tenemos aquí al Arzobispo de París; Su Eminencia va a responderle.

Provocado por este ultimatum, el bondadoso Cardenal sonríe.

—Ya que la cuestión se pone de este modo, voy a resolverla inmediatamente. La respuesta es «sí», señora. El Padre Brottier va a hacerse cargo de su hijo. Quede tranquila.

Una vez fuera la madre y el hijo, el Cardenal se dirige al Padre Brottier:

—Mis felicitaciones, Padre Brottier. Hace un momento le censuraba; ahora es a mí a quien debo censurar. ¡Ah! ¡Vd. me atrapó!

—¿Atraparle..., yo, Eminencia? —responde alegre el Padre Brottier.
—Protesto... No fui yo...

—Entonces ¿Quién fue?

—Dios.

*

El Padre Brottier vivía diariamente una vida de constante intimidad con Santa Teresita. Ella era la confidente de todos sus pensamientos y preocupaciones.

Era el día 31 de Diciembre de 1935. Iba a acostarse, cuando se apercibió de diez cartas por abrir, encima de la mesa.

—Santa Teresita —dice con confianza— muéstrame que mis niños y la obra que dirijo te son queridos: que la última carta que abra este año contenga un billete de mil.

Abrió nueve cartas: nada importante. La décima contenía el billete esperado.

Caso semejante aconteció en otra ocasión.

¡Milagros! ¿No habrá sido un milagro constante, el crecimiento de la Obra de Auteuil que pasó sucesivamente de 300 huérfanos en 1930 a 400 en 1932, a 700 en 1934, a 1000 en 1935, a 1.400 en 1936? Sí, este fue el mayor milagro de la vida del Padre Brottier.

*

¿Será que Dios comunicaba al Padre Brottier luces especiales para dirigir las almas? Indudablemente.

Los padres de una joven querían forzarla a casarse. Después de escribirle dos o tres cartas, se presentó personalmente. Pues, bien, luego en la primera visita el Padre Brottier le dijo:

—Hija mía, mantente firme. Tu vocación no es el matrimonio, le dijo francamente. Tampoco es la vida religiosa. Estás llamada a hacer un hermoso apostolado en el mundo. Ahí harás mayor bien que en la vida conventual, que no está hecha para tí.

La experiencia demostró que él tenía razón.

*

Enero de 1934. El Padre Brottier reza el breviario en un rincón del coro de la capilla de Auteuil. Una señora de unos treinta años que le buscaba por todas partes, muy enervada por no haberle encontrado, acaba por arrodillarse delante del relicario de Santa Teresa, en el lado izquierdo de la nave lateral. En breve, la oración se convierte en lágrimas, sollozos, gritos, manifestaciones de profunda aflicción.

Dos señoras presentes se aproximan. Al verlas, la pobre señora desolada se desahoga:

—¿Las señoras no podrían indicarme donde se encuentra el Padre Brottier? ¡Tengo tanta necesidad de verlo! ¡Soy tan desgraciada!

—Pero —responde una de ellas— el Padre Brottier está cerca, está allí en el coro de la capilla.

En este entre tiempo el Padre Brottier se levantó, bajó hasta la mesa de comunión y, antes de que ella le dijera una sola palabra, le recomienda:

—Hija mía, vuelva para casa. Esté tranquila, vamos a rezar por su Teresita: tenga confianza. Ahora, vaya para casa, porque allí hay una niña que la reclama.

La señora, confusa, pregunta tímidamente:

—Padre ¿Vd. cree que sí?

—Sí, se lo digo yo, vuelva para casa, su hija la está esperando.

Era una pobre madre que, desesperada al ver a su hija en la agonía, fue a la capilla de Teresita a pedirle su intercesión y las oraciones de los Huérfanos. Al llegar a casa encontró a su hija completamente curada.

*

Una señora decía un día al Padre Brottier:

—Padre, pida a Santa Teresa que me venga a avisar, para prepararme bien para morir.

El Padre Brottier lo piensa un instante, en silencio, y le responde:

—Señora, no es Santa Teresa sino yo mismo que la vendré a avisar.

Una noche de Diciembre de 1939, el Padre Brottier se le apareció en sueños sonriente, revestido con el roquete. No habla, apunta sólo hacia el cielo con el dedo. La señora comprendió.

—El Padre Brottier me vino a avisar esta noche —dijo a la compañera—. Ayúdame a poner mis negocios en orden, pues no voy a tener para mucho tiempo.

Algunos días más tarde caía en cama, y un mes después expiraba santamente.

*

1932. Una joven llora convulsivamente, mientras reza el rosario delante de las reliquias de Santa Teresita, en Auteuil.

Pasa el Padre Brottier. Conmovidó, se acerca:

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué lloras?

—Padre, tengo una hermana muriéndose, en el hospital Boucicaut y, angustiada, vine a pedir socorro a Teresita.

—Hija mía, escucha bien: ¿que darías a Jesús, si te curase a tu hermana?

—¡Oh! Padre, lo que El quisiera. Yo sé que El quiere que yo sea religiosa: me haría religiosa.

—Pues bien, vuelve junto a tu hermana: está curada.

La curación fue instantánea.

*

Un día, una señora joven y distinguida se presenta al Padre Brottier. Lloro y sollozo violentamente. El sacerdote la deja llorar y, unos instantes después, la interrumpe.

—Hija mía, Vd. sufre. Cuénteme el motivo de su aflicción.

Abandonada por el marido, tuvo la idea de arrojar al Sena.

—Si quiere suicidarse —corta el Padre Brottier— ¿por qué viene a verme?

—Se lo voy a decir, Padre: hablé con Vd. dos o tres veces y siempre me respondió con bondad. Por eso, antes de morir, quise desahogar con Vd. mis sufrimientos.

—¿Su disgusto es así tan grande?...

—¡Ah! Padre, si supiese...

Y le cuenta, entre sollozos, pormenorizadamente, su vida con sus dolores, luchas y humillaciones.

Estuvimos allí bastante tiempo, contó más tarde el Padre Brottier. En presencia de tanta miseria, no pude dejar de llorar con ella. Tres cuartos de hora después, se levantó y sonrió entre lágrimas.

—Padre, esté tranquilo —dijo— no voy a cometer ninguna tontería. Vd. me infundió valor. Voy a procurar reorganizar mi existencia y, de ahora en adelante, viviré como cristiana.

*

—¡Ah! decía una tarde el Padre Brottier —¡si las madres supiesen el crimen que cometen cuando abandonan a los hijos! ¡Dar a luz a un hijo y renegar, qué monstruosidad! Y qué responsabilidad también: en el ochenta por ciento de los casos, la víctima, extraviada, exasperada, se vuelve fácilmente presa de todas las malas doctrinas y compañeros perversos mientras la madre, muchas veces, pasa por ser una persona respetable, digna, tal vez piadosa. ¡Qué triste comedia! Me pregunto cómo juzgará Dios a estas mujeres que profanaron las dos cosas más sagradas que existen— la religión y el amor maternal.

Esta reflexión se refería al caso siguiente:

Era en 1928. Un huérfano aborda al Padre Pichon en el patio:

—Padre, un colega me dijo que iba a tirarse al Sena.

—¿Quién es él?

—Fulano...

—Pero, ¿por qué?

—¡Añoranzas! ¡tristeza! No hace más que llorar...

Se comunica el caso al Padre Brottier y los dos sacerdotes interrogan al muchacho en cuestión:

—Entonces ¿quieres tirarte al Sena?

—¡Quiero!

—Pero, ¿por qué? ¿Fuimos malos contigo aquí?

—No, nada de eso.

—Entonces ¿es otra cosa?

—Sí, señor.

—¿Quién te disgustó?

Imposible arrancarle una palabra. El Padre Brottier le toma en sus brazos y le dice con dulzura:

—Anda amigo, cuéntame tu aflicción. Lo haré todo, ¿lo oyes bien? Todo —para acabar con ella.

Trabajo perdido. El niño llora, pero guarda el secreto.

—Necesitamos saber la verdad por otro conducto —dice el Padre Brottier. Inténtelo.

Después de semanas de investigación, se logró saber que el muchacho venía de una familia que procuraba, por todos los medios, esconder su nacimiento. Acabaron por presentarle como huérfano de guerra recogido por un soldado (hermano de la verdadera madre). Bandeado de un lado para otro, el muchacho acabó por descubrir la verdad. No pudiendo esconder su situación decidió tirarse al Sena.

Conocedores de la situación no fue difícil, a los responsables de la Obra, reanimar la moral del muchacho que allí creció y aprendió una profesión.

La familia, cuando salió de la Obra, queriéndose ver libre de él, intentó alistarlo en las tropas coloniales de Marruecos. Las batallas, la fiebre... acabarían con el pobre.

Fue entonces cuando el Padre Brottier manifestó el deseo de hablar a los «padres adoptivos». Con voz clara y firme, los ojos centelleantes, les habló de este modo:

—Voy a responderles en dos minutos. Yo sé quien es este muchacho, conozco a su verdadera familia, estoy al corriente de todas las mentiras que Vds. inventaron, después de su nacimiento. Quiero avisarles de una cosa: si Vds. piensan obligarlo a alistarse en el ejército de Marruecos, con la esperanza de verse libres de él, pierdan esta esperanza. Porque, si no puede contar con la protección de su familia natural, les aseguro que puede contar con la protección del Director de Auteuil. Están avisados. Es todo lo que tengo que decirles.

Los avisados salieron sin decir una palabra.

Sabía luchar por sus muchachos el Padre Brottier.

Caridad no es ceder. Es imposición, cuando los acontecimientos lo exigen.

*

Agosto de 1932. Una señora desconocida entra en el despacho del Padre Brottier. Viene visiblemente enervada.

—Padre, estamos en agosto, tiempo de vacaciones, bien lo sé, pero ¿quiere tener la bondad de recibirme?

El Padre Brottier deja la pluma, se vuelve hacia la recién llegada y le dice simplemente:

—Señora, estoy aquí a la disposición de los amigos de la Obra. Por favor, siéntese.

—Padre ¿tendrá paciencia y tiempo para escucharme durante un cuarto de hora?

—Media hora, si quiere —le responde con su bondad habitual.

Ya sentada, la interlocutora le dice:

—Vengo de casa del Padre... con quien quería hablar de una cosa seria. El sacerdote estaba, pues le vi celebrar misa. Bajo el pretexto de que era tiempo de vacaciones, no me quiso recibir, a pesar de mi insistencia. Fue entonces que me dije que el Padre Brottier me recibiría y vine a hablar con Vd..

—Hizo muy bien.

—Tenía intención de entregar a ese sacerdote un gran donativo para una Obra. Pues bien, ahora es Vd. quien lo recibirá.

Y la señora se fue, dejando encima de la mesa quince mil francos. Tal fue la recompensa del bondadoso gesto del Padre Brottier.

La obra de la Primera Comunión

«La Obra de la Primera Comunión es el pararrayos de Auteuil. ¡Dios no puede castigar a una casa que salva tantas almas de pobres criaturas!... Cuando se dispone de un tal capital de oraciones, estamos seguros de encontrar el cielo siempre abierto» (Padre Brottier).

Inicialmente el Padre Roussel no pensaba en otra cosa, al fundar la Obra —instruir religiosamente a los niños y prepararlos para la Primera Comunión. La Obra de los Aprendices nació más tarde. El Padre Brottier quiso ser fiel a la tradición de la casa. Durante dos meses, los niños por grupos, se preparaban para la Primera Comunión. «¡Son nuestros banqueros, nuestros abogados, nuestros defensores, nuestro escudo!... Por eso, es importante recordarles que deben esforzarse por “rezar bien”. No tienen otra cosa que hacer: rezar, aprender el catecismo, prepararse para la Primera Comunión. Es su tarea en Auteuil, como la de los Aprendices es trabajar.»

Cuando tenía una intención particularmente grave o le era reco-

mendado un asunto importante, telefoneaba al capellán encargado de los comulgantes:

—Mande rezar inmediatamente una decena del Rosario por tal intención.

*

Una tarde de invierno, se presenta en Auteuil una señora. Trae un chaval de trece años, de grandes ojos azules, cándidos y confiantes. Viste mal: un viejo abrigo hasta los pies; no lleva camisa; zapatos enormes que no fueron hechos para él.

—Padre, le traigo a este pequeño que encontré esta mañana durmiendo en la entrada de mi casa, con su madre y un hermano. Nunca durmió en una cama... la madre entró hoy mismo en el hospital, para tener un bebé. Este pequeño es un salvaje; nunca frecuentó la escuela, nunca puso los pies en la catequesis, no sabe nada de religión...

—Vd. llega a tiempo. La entrada fue hace algunos días. El niño pasará dos meses aquí, aprenderá el catecismo y hará la Primera Comunión con sus compañeros.

*

—Le traigo este cliente, Padre...

—¿Dónde lo descubrió?

—En mi sótano, donde vivía secuestrado por el padre, va para dos meses, y donde esta señora lo descubrió casualmente esta noche... ¿Vd. podría quedarse con él y prepararlo para la Primera Comunión?

—Por supuesto, señora. Inmediatamente.

El niño llora en un rincón. El Padre Brottier se acerca y le acaricia:

—Vamos, no llores, no tengas miedo. Vas a ver como no serás desgraciado.

El pequeño continúa sollozando y dice:

—...No lloro con miedo... Lloro de contento.

El Padre Brottier, está suficientemente demostrado, sabía reír.

En una ocasión, Mons. Crépin, Auxiliar de su Eminencia, vino a presidir una fiesta en Auteuil. Al final del almuerzo, el Padre Brottier le invitó a tomar la palabra, de esta forma:

—Excelencia:

Había una vez en el Coliseo de Roma, en el tiempo de las persecuciones, un cristiano destinado a ser devorado por las fieras. El Emperador mandó abrir la jaula de las fieras, de donde salió un león furioso. ¡El león tenía hambre! Pero ¡oh, milagro! No bien la fiera se precipita sobre el cristiano para devorarlo, el infeliz se pone delante del animal y, en secreto, le dice algunas palabras al oído. Inmediatamente, el león huye hacia el otro extremo de la arena y allí se queda inmóvil.

Intrigado, el Emperador, manda ir el cristiano a su presencia y le pregunta:

—¿Por qué no te ha comido el león?

—Por causa de lo que yo le dije, Señor.

—¿Pero no tenía hambre?

—Sin duda, Señor.

—Entonces ¿qué le dijiste?

—Le dije una cosa que lo apartó inmediatamente de mí y le cortó el apetito.

—¿Qué cosa, ¿se puede saber?

—Noble Emperador, yo le dije: «Si me comes, estarás obligado inmediatamente a hacer un brindis... Eso le disgustó y no me quiso comer».

Excelencia, —continúa el Padre Brottier— no le convidé a venir hoy a Auteuil para obligarle a hacer un brindis. Pero quedaríamos muy contentos si, dentro de unos momentos, nos quisiese decir una palabra de amistad.

Hacia la conclusión

El Padre Brottier muere a las 4,15 h. del día 28 de Febrero de 1936.

Tres días después, el 2 de Marzo, solemnes exequias. Las plazas, en

la Capilla de Santa Teresa de Auteuil, son limitadas. Hay más gente fuera, en el jardín, que dentro.

Un gran industrial muy amigo del fallecido, vino de incógnito al entierro. Se encontraba en medio de la multitud. De repente, alguien se aproxima y le toca el brazo:

—Haga el favor de seguirme. Hay un lugar libre en los bancos reservados a la familia del Padre Brottier.

Y sin ninguna explicación, el hombre del servicio le conduce a una de las primeras filas de la asamblea.

—Vi en esto —contaba más tarde el industrial— un gesto directo del aprecio del Padre Brottier hacia mí. Cuando mi corazón se ensombrecía con la idea de no poder volver a ver más a este sacerdote, recibir sus consejos, beneficiarme de su amistad, alguien me toma por la mano y me coloca en medio de los miembros de la familia.

*

El día de la muerte del Padre Brottier, el Padre Pichon conversa con uno de los administradores de la Casa Borniol, encargada de organizar las exequias. Este declara que la Casa lo autoriza a decir que reducirán los gastos al mínimo. El dos de marzo, el administrador se presenta en el despacho del fallecido Padre Brottier.

—Hechas las cuentas, vengo a avisar a Vd. que los gastos de las exequias del Padre Brottier se elevan a 9.800 francos.

Era la hora de dirigirse a la capilla —cuenta el Padre Pichon— para la ceremonia. En el camino, un empleado de la Obra se aproxima:

—Padre, una señora me encargó le entregara esta carta, inmediatamente antes de la misa.

Pensando que se trataría de cualquier asunto urgente, abrí la carta. Contenía diez billetes de mil francos.

En ese momento me pareció ver al Padre Brottier sonriendo, de lo alto del cielo, y murmurar:

—Ten confianza, hijo mío. Ya ves que mi entierro no os va a costar ni un céntimo: lo voy a pagar de antemano. Y así será el resto. Si contáis conmigo, no os abandonaré.

*

Durante la Venta de Caridad promovida en 1935, decía el Padre Brottier al Barón de Brichambaut, su amigo:

—Está viendo Vd? Cuando yo haya muerto, no voy a hacer como Teresita del Niño Jesús: no será una lluvia de rosas, sino una lluvia de billetes de Banco, que haré caer sobre estos niños. ¡Se precisa de mucho dinero para sustentar a tal familia!...

Gracias al poder de intercesión de Teresita del Niño Jesús y del Padre Brottier, la Obra de Auteuil sigue siendo un milagro constante.

*

—Fui un hombre feliz —decía el Padre Brottier a un amigo, en una hora de confiante desahogo. —Triunfé en todo cuanto emprendí: el apostolado en el Senegal, la construcción de la Catedral de Dakar, el ministerio entre los soldados en la Gran Guerra, la fundación de la Unión de los Combatientes, la Capilla de Santa Teresa, la restauración y desarrollo de la Obra de Auteuil... Lejos de mí envanecerme tontamente con eso, sería apropiarme indebidamente del bien de otros. No fui sino un instrumento en la mano de Dios. Siento que, si hubiese sido más dócil, habría conseguido todavía mejores resultados y hecho todavía más.

¡Instrumento en las manos de Dios! ¡Sí, y qué instrumento!

FRANCISCO LOPES, C.S.Sp.

Nota: Los casos referidos, rigurosamente históricos, fueron escogidos de la obra del Padre Yves Pichon - *Le Père Brottier* - París, 1938, 503 págs.

EL ESPIRITANO

No son numerosos los espiritanos, en su mayoría de la Provincia de Francia, que conocieron al Padre Brottier. Deben andar hoy por encima de los 60-70 años. Era preciso estar en el Noviciado de Orly o en el Seminario de Chevilly para verlo. Raramente le encontraríamos fuera de Auteuil, pues el Padre Brottier salía poco, a no ser para las reuniones del Consejo General. Todos cuantos le vieron en la calle Lhomond tenían ya una edad que no les permitió alcanzar los años 60.

Los más jóvenes, sobre todo seminaristas, pudieron verlo en Auteuil, con ocasión de una sesión de «Buen Cine» —una creación original del Padre Brottier, muy apreciada no sólo por los huérfanos, sino también por aquellos que precisaban de un buen espectáculo, de un buen momento de descanso. Sin abusar, se corría hacia allá con frecuencia.

En lo que a mí se refiere, tengo todavía delante de la vista la alta figura del Padre Brottier, en la gran capilla de Chevilly. Fue, creo yo, en julio de 1935, con ocasión de la solemne consagración al apostolado. El sol de julio, la afluencia de los compañeros y amigos, alrededor de los que partían, designados ese día, para una parte del mundo negro —Africa, Antillas— o simplemente para Francia, nos hacía vibrar y regocijarnos en esa casa, que algunos jamás volverían a ver. «Juremos volvernos a ver junto al venerable Padre.» En la cuarta fila de sobrepellices, sobre la sotana negra espiritana, vuelvo a ver hoy la cara radiante y tranquila del Padre Brottier. La larga barba le descendía sobre los cordones del sobrepellic, y los ojos brillaban o se cerraban en oración recogida e íntima. Nos parecía que encarnaba todavía el tipo de misio-

nero de los tiempos heroicos, aunque supiésemos que sólo misionó en el Senegal, «un poco cerca de París» pensábamos nosotros. (Dakar era, a nuestro entender, como los «alrededores» de Marsella.) A pesar de no haber sido compañero de Mons. Augouard, estábamos lejos de considerarlo como un misionero de segunda clase. Sabíamos que, por motivos de salud, no pudo aproximarse al Ecuador, y que, en Dakar, trabajara duro, sudara, temblara de fiebre y sufriera de jaquecas que le habían impuesto el regreso.

Después de su heroica y legendaria dedicación durante la guerra, «encalló» en Auteuil. Ahí se estableció y dirigió la colosal Obra de los Huérfanos-Aprendices.

A estos pensamientos de muchos de nosotros, confieso no haber añadido que un día sería un Santo y yo tendría que patrocinar su causa.

Las circunstancias de su muerte, algunos meses más tarde, en febrero de 1936, concurrieron para poner de relieve su figura. Morir, sin haber podido participar en la consagración de la Catedral-Monumento (Souvenir Africain), en Dakar, ¡qué sacrificio! y, sin embargo, desde su cuarto de enfermo, apenas manifestó la alegría de la obra acabada, bendecida por Dios, a la que jamás iría a pesar de haber trazado el plano y financiado la construcción, a través de colectas, llamadas a la generosidad, y el apoyo de tantos hombres cristianos o no. Apenas regresara de Dakar, donde consagrara la Catedral, el Cardenal Verdier presidía las exequias del Padre Brottier y reconocía ya en él una elevadísima virtud, la virtud de un santo.

Es gloria de los compañeros que le rodearon y de sus Superiores, también, haber sabido recoger y fomentar esta «fama sanctitatis» que no tenía ningún carácter de usurpación.

El triunfo humano del Padre Brottier, sus grandes realizaciones, se explican por su fe y caridad.

De 1946 a 1952 se tramitó el proceso informativo en la diócesis de París, y los procesos rogatorios en Blois y Dakar; de 1962 a 1963 el proceso apostólico en París. Declararon 116 testigos.

¿Será que se sabe que pocos espiritanos prestaron declaración? Citemos al respecto, uno de los Consultores sobre las virtudes del Padre Brottier: «Prácticamente todos los testigos son de elevado valor en virtud de su conocimiento personal; entre ellos, por ejemplo, se encuentran tres Obispos de la Congregación del Espíritu Santo y un Académico, Henri Bordeaux. Es curioso notar que el mayor número de

testigos, en el proceso de este religioso, son personas extrañas y no compañeros; de éstos, comparecieron una docena. La explicación debemos hallarla en el género de actividad del Padre Brottier, —misionero, capellán militar, director de los Huérfanos-Aprendices de Auteuil— en que casi todos sus colaboradores no eran espiritanos. Este detalle confiere un nuevo valor a los testimonios presentados, en virtud de una mayor objetividad y en virtud, también, del hecho de todos estos testigos haberlo podido observar directamente largos años.»

Fueron los Padres Yves Pichon y Emile Herbinière y, más tarde, los Padres Marc Duval y Joseph Boegly que, por orden de la Casa Madre, emprendieron y prosiguieron las diligencias para la introducción de la causa.

Estas diligencias tal vez hubiesen podido ser abreviadas; si no lo fueron la culpa no fue de ellos. Además, debe decirse, llegamos adelantados a la meta anhelada. Todavía no pasaron los cincuenta años requeridos entre la muerte y la beatificación.

Fue con placer que leí en la relación de uno de los Consultores sobre la heroicidad de las virtudes del Padre Brottier, estas líneas no firmadas, pero cuyo autor se denuncia, incapaz de impedir al corazón de hablar: «Un recuerdo: cuando los seminaristas de San Sulpicio pedían permiso para visitar la Obra de los Huérfanos-Aprendices de Auteuil, lo recibían siempre: «Id» —nos decía el Superior— «ustedes tienen en el Padre Brottier el ejemplo de un sacerdocio leal y completo». ¿Será que él estará lejos de nuestro propio ideal?

MARCEL MARTIN, C.S.Sp.
Promotor de la Causa del Padre Brottier
Seminario Francés, Roma

EPILOGO

Este número de los Cuadernos Espiritanos podrá revelar a más de un compañero no francófono de la Congregación la grandeza del Padre Brottier. Hasta ahora no se escribió nada respecto a él a no ser en francés. Cuando su nombre apareció en el «Observatore Romano» de enero de 1983 como misionero del Espíritu Santo, cuya heroicidad de virtudes la Santa Sede reconocía, se reveló urgente conocerlo y hacerlo conocer. Contrariamente a lo que acontece con el Padre Libermann y el Bienaventurado Padre Laval, muchos de nosotros son contemporáneos del Padre Brottier, quiere decir, nacieron o profesaron antes de su muerte, en 1936.

Por excepcional que haya sido, su vida es el ideal de una vida espiritana. Después de un período breve y voluntario de siete años en Africa Occidental que arruinó su salud al punto de jamás poder regresar a las Misiones, como hombre de intensa energía, se lanzó al servicio de los más abandonados de París, compartiendo su vida. Creó una «Ciudad para jóvenes» hecha de ladrillos y argamasa, hecha, sobre todo, de adolescentes brutalizados por la sociedad y la multiplicó a través de Francia, consiguiendo con eso producir mucho bien.

Pero la «mística» de Auteuil va más lejos que las construcciones y los jóvenes en ella formados. A partir de su obra en este campo limitado —el Padre Brottier manifestó su personalidad, alargando su objetivo a la miseria física y espiritual de las distintas condiciones sociales de los pobres y abandonados de París. Las personas le respondieron con la «devoción popular» con que lo envuelven, en vista de su canonización. Sus restos mortales, que reposan discretamente en la parte derecha del transepto de la Iglesia por él construida, están en muchos sentidos, en el corazón de la Obra de Auteuil.

Todo espiritano pensará en establecer la comparación entre los compañeros privilegiados cuya memoria venera y el Padre Brottier. Tales confrontamientos confirman que el carisma espiritano es realizable en carne y hueso. Pienso en Mons. Joseph Shanahan. El Padre Brottier y él nacieron y murieron con algunos años de intervalo. Creyendo en las fotografías y en los testigos oculares, ambos se asemejan en el temperamento, en el físico y hasta en la mirada y la barba poblada. Ambos fueron devorados por un celo libermaniano, ambos tuvieron una extraordinaria devoción a Santa Teresa de Lisieux. Shanahan rezó junto al túmulo de Santa Teresa y habló con sus cuatro hermanas en el Carmelo, en 1920, algunos meses antes de ser ordenado obispo. Así como el Padre Brottier preparaba a sus «commodards» para la primera comunión, así Mons. Shanahan preparaba a sus gentes para el bautismo. «¡Pueblo magnífico!» decía espontáneamente de los africanos, «¡Qué pena que no tengan fé!» Ninguno de ellos parece citar explícitamente al Padre Libermann, pero ambos vivieron su ideal de vida en el apostolado como en la espiritualidad.

El celo espiritano sabrá encontrar otros campos de actividad. Auteuil está en manos competentes, aunque el efectivo espiritano sea allí muy reducido, y continúa siendo el centro de la irradiación de la santidad del Padre Brottier. Los pobres y abandonados, el «pueblo magnífico sin fe», continuarán siempre atrayendo a los jóvenes espiritanos —obras, «para las cuales la Iglesia difícilmente encontrará obreros apostólicos», como acentúa nuestra Regla. Las páginas precedentes sobre el Padre Brottier muestran que la espiritualidad y el celo espiritano son susceptibles de una concretización efectiva. Según las mismas tradiciones, defendidas por los mismos fundadores, nosotros, espiritanos, no iremos a colocar la Obra de Auteuil en un pedestal ni dejar al Padre Brottier en una vidriera, pero sabremos reconocer humildemente en nuestra vocación providencial el poder que Dios nos otorgó para que hiciéramos el bien.

MYLES FAY, C.S.Sp.

OBRAS SOBRE EL PADRE BROTTIER

- *Le Père Brottier, de la Congrégation du Saint Esprit*, por Yves Pichon C.S.Sp. - tomo de 500 páginas, escrito por su más fiel colaborador. Obra premiada por la Academia Francesa.
- *Le serviteur de Dieu Daniel Brottier*, por Mons. Cristiani (Ediciones France-Empire, 66 Rue Jean Jacques Rousseau, París I - 1962). Inspirada en los testimonios recogidos en el proceso informativo.
- *La basilique en fleurs de Sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus à Paris* (1930). Ediciones Horizon de France, 39 rue du Général Foy, por Geneviève Beslier, autora de la primera biografía del Padre Brottier (1937 con epílogo de Georges Goyau).
- *Un Dom Bosco français*, por Yves Pichon, Mayo de 1936, con Prefacio de Mons. Le Hunsec, Sup. General C.S.Sp.
- *Ce Père avait deux âmes*, por Christine Garnier, traducida al Portugués «Este Padre tinha duas almas», Editorial L.I.A.M. (1966), Sto. Amaro á Estrela, 51 - Lisboa.
- *Les éloges funèbres du Père Brottier par le Chanoine Coubé et Monseigneur Tissier* (1936-1937).

Depósito en: 40 Rue La Fontaine, Auteuil, París XVI. Además, muchos prospectos, ilustraciones, revistas, un número especial de *Courrier des Orphelins Apprentis d'Auteuil*, en 1976, centenario del nacimiento del P. Brottier, y otro de *Pentecôte sur le monde* (1961).

INDICE

PRESENTACION	3
1. VISITA A AUTEUIL, Alphonse Gilbert	5
2. VIDA Y OBRA DEL PADRE BROTTIER, Jean Gosselin	9
3. EL CORAZON DE AUTEUIL, Gabriel David	27
4. TRAS LAS HUELLAS DEL VEN. LIBERMANN, A. Gilbert	41
5. LA GRACIA SE DERRAMO EN TUS LABIOS, F. Lopez	65
6. EL ESPIRITANO, Marcel Martin	91
7. EPILOGO, Myles Fay	95

